Átomo verde número cinco
José Donoso




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Es una verdad universalmente reconocida que llega el momento en la vida de un hombre, y más aun en la vida de una pareja, cuando se hace mandatorio comprar el piso definitivo, instalarse de manera permanente; y después de una existencia más o menos transhumante en pisos alquilados donde las soluciones estéticas nunca quedan completamente satisfactorias, arreglar y alhajar el hogar propio de modo que refleje con rigor el gusto propio y la personalidad propia es uno de los grandes placeres que brinda la madurez. La elección cuidadosísima de las moquetas y las cortinas, la exigencia de que los baños y los picaportes sean perfectos, maniobrar sutilmente -y con toda la libertad que los medios y la sabiduría proporcionan- las gamas de colores y las texturas empleadas en el salón, en el dormitorio, en la cocina y aun en los pasillos, de modo que reposen la vista y realcen la belleza de la dueña de la casa, ubicar con discriminación la cantidad de objetos acumulados durante toda una vida -o media vida, en realidad, puesto que se trata de Roberto Ferrer y de Marta Mora, que acaban de pasar la línea de la cuarentena-, utilizando los mejores y guardando otros para regalar en caso de compromiso y «quedar bien», se transforma en una tarea apasionante, en un acto de compromiso que nada tiene de superficial, sobre todo si la pareja, como en el caso de Marta y Roberto, no tiene hijos. Roberto Ferrer, en los momentos que le dejaba libre la práctica de la odontología, se dedicaba a la pintura -unas abstracciones de lo más elegantes en negro y blanco sobre arpillera rugosa, centradas alrededor de unos cuantos átomos en un color fuera de paleta-, y aunque no poseía una educación artística formal, ciertamente «tenía mucho museo», como solía decirle Paolo, que los asesoró en la decoración del piso. Por eso Roberto sentía que una parte suya muy importante se «realizaba» en la amorosa exigencia que él mismo desplegó para que el piso quedara impecable: original y con carácter, eso sí, sin duda, puesto que ellos no constituían una pareja banal; pero no excesivamente idiosincrásico -no atestado de objetos, por ejemplo, que aunque tuvieran valor, al acumularse podían restarle rigor al piso-, y además preocupándose de que las soluciones prácticas se ajustaran a las soluciones estéticas.

La pintura confortaba a Roberto -cosa que no hacía su práctica odontológica, distinguidísima pero quizá demasiado vasta-, como también su cautelosa colección de grabados: litografías, xilografías, aguafuertes... algún buril, sobre todo, en que lo enamoraba la espontaneidad, la valiente emoción de la síntesis. Ciertas tardes de invierno, cuando no tenía nada que hacer se deleitaba en examinar con lupa la línea un poco peluda que produce la inmediatez de la punta seca, para compararla con la línea químicamente precisa de un aguafuerte, y se convencía más y más -y convencía más y más a Marta, dichosa porque una vez que la profesión de su marido les proporcionó amplitud de medios él prefirió estas civilizadas aficiones de coleccionista, al golf, por ejemplo, o a la montería, que se mostraron brevemente como alternativas posibles- de que era una pena que ahora tan pocos artistas practicaran el buril. En fin, su propia pintura, sus grabados, valiosos objetos reunidos con tanta discriminación en su piso nuevo, su

curiosidad por la literatura producida alrededor de estos temas, eran integrantes de la categoría «placer».

En el gran piso nuevo, con su bella terraza-jardín, reservó para sí un cuarto vacío con una ventana orientada al norte, en el cual no quiso poner nada hasta tener tiempo -por ejemplo, cuando se tomara las vacaciones, o hasta que sintiera que las paredes del piso nuevo se transformaban en paredes amigas- para ver cómo instalaría su estudio de pintor. Si es que lo instalaba. No quería sentirse presionado por nada exterior ni interior, ansiaba vivirlo todo lentamente, darle tiempo al tiempo para que la necesidad de pintar, cuando surgiera si surgía, lo hiciera con tal vigor que determinaría la forma precisa del cuarto. Entonces, su relación con el arte se transformaría en una relación verdaderamente erótica, como lo propone Marcuse. ¿Quién sabe si así podría «realizarse» en la pintura? ¿Quién sabe, si como Gauguin, y apoyado por Marta, que aprobaría su actitud, lo abandonara todo para irse a una isla desierta o a un viejo pueblo amurallado en medio de la estepa, y como un *hippie* más bien maduro dedicarse plenamente al placer de pintar sin pensar para qué ni para quién, ni qué sucedería en el mundo si él no asumía por medio de la pintura su puesto en él? Mientras tanto quedaba el cuarto vacío esperándolo como el mayor privilegio: no dejó que Paolo lo tocara, ni siquiera que le sugiriera un color para los muros de enyesado desnudo... eso lo decidiría solo, cuando llegara el momento. Tampoco permitió que Marta guardara cosas allí «por mientras» -las mujeres siempre andan guardando cosas «por mientras», con una especie de vocación por lo impreciso que no dejaba de irritarlo-, ya que aun eso sería una transgresión: no, dejó el cuarto tal como era, un cubo blanquizco, abstracto, con una puerta y una ventana y una bombilla colgando del alambre enroscado en el centro, nada más. Después se vería.

La solución Gauguin le estaba apeteciendo muchísimo la mañana de domingo cuando Marta se fue al Palau con la mujer de Anselmo Prieto, que ocupó la entrada que le correspondía a él para escuchar a Dietrich Fischer-Diskau cantando el ciclo de «La Bella Molinera». ¿O era «El Viaje de Invierno» esta semana? En fin, estaba lloviendo, y si se levantara -lo que no tenía la menor intención de hacer- y se asomara por la ventana vería cómo en la calle, tres pisos más abajo, arreciaba el frío: la gente con los cuellos de los abrigos subidos, con paraguas enarbolados para defenderse de una penetrante lluvia invisible. Roberto se había quedado en cama porque tenía uno de esos agradables resfríos que ofuscan un poco y borronean las aristas de las cosas, pero que no molestan casi nada porque el dolor de cabeza cede al primer Optalidón. Además, cada ser humano tiene «su» resfrío, como tiene «su» cuenta de banco, «su» sauna y «su» superstición: el resfrío de Roberto, por lo general, se resolvía en una sinusitis que esta vez ni siquiera se había dado la molestia de presentarse. En todo caso, era de esos resfríos que a uno lo liberan de la puritana necesidad de hacer cualquier cosa, incluso leer, incluso entretenerse, dejando que el pensamiento o el no pensamiento vague sin dirección y sin deber. Sobre todo hoy: este primer domingo en que estaban lo que se puede llamar real y definitivamente instalados en el piso nuevo, hasta el último vaso y el último cenicero ocupando sus lugares. El lujo de esta mañana solitaria sin nada que hacer levantó dentro de él una marea de amor hacia todas sus cosas, desde los cojines negros en las esquinas del sofá habano y las lámparas italianas de sobremesa que eran

como esculturas de luz pura, hasta ese cuarto que lo esperaba con el yeso desnudo como lujo final y que, yendo más allá que Gauguin, hoy se sentía con valor para dejar intacto, un cubo blanco y nada más, clausurado para siempre.

Sin embargo, se puso las pantuflas para acercarse a la ventana y mirar hacia abajo, a la calle: ahora podía distinguir las gotas minúsculas que hacían abrir paraguas en esta mañana de cielo tan bajo que encerraba la calle con una tapa oscura. Como un ataúd, pensó. Toda esa gente que camina allá afuera está en un ataúd y por eso tiene frío. Adentro, en cambio, es decir afuera del ataúd, donde él estaba, hacía calor: una calefacción tan bien pensada que no era agobiante y sin embargo le permitía levantarse en pantuflas aun estando con catarro. Pero, ¿era verdad que estaba con catarro? ¿Se podía realmente llamar catarro a este sentirse un poco abombado, con la nariz goteando de cuando en cuando? No, la verdad era que no, sólo que no había sentido la necesidad imperiosa de oír a Fischer-Diskau esta mañana... era el tercer concierto de la serie y la gente se peleaba por las entradas, de modo que... no, hiciera lo que hiciera debía nacer de un fuerte impulso interior o no hacerlo... y si pasaba mucho tiempo sin el impulso para pintar podía instalar en su cuarto vacío un pequeño taller para encuadernaciones de lujo, por ejemplo, cosa que no dejaba de tentarlo; o una sala con moqueta y techo de corcho estudiada exclusivamente para escuchar música en condiciones óptimas... todo esto mientras afuera llovía, mientras la gente tenía frío y él no, y pasaban de prisa para ir a misa, o malhumorados llevando un paquetito con queso francés para almorzar ritualmente el domingo en casa de sus suegros y Roberto los observaba con ironía desde su ventana, en su piso perfecto, rodeado por la sutil gama de marrones y beiges tan elegantes y cálidos, con una que otra nota negra o de un verde seco que contrastaba con el conjunto, realzándolo.

No. En realidad no tenía catarro. Hoy no necesitaba engañarse a sí mismo ni siquiera con eso. Lo que le apetecía en este momento era ver, ver y tocar y quizás hasta acariciar y oler los objetos de su piso nuevo, entablar con ellos una relación directa, propia, suya, privada; cometer, por decirlo así, adulterio con ellos en ausencia de su mujer y conocerlos como a seres íntimos con los que -seguramente, si el mundo no cambiaba demasiado ni él tampoco- viviría por el resto de sus días. Porque claro, lo de Gauguin era bello, pero quizás un poquito pasado de moda.

Y hablando de Gauguin: allí, en el vestíbulo, adosado al muro, estaba su ÁTOMO VERDE NÚMERO CINCO, sin duda lo mejor que había pintado. Al verlo sin colgar sintió una repulsión hacia su cuadro. Es decir, no hacia la pintura en sí -sabía perfectamente el valor relativo de ese cuadro al compararlo con los «grandes» informalistas-, sino hacia ese objeto que era lo único en todo el piso que no estaba totalmente colocado, definido y determinado. Con Marta lo habían discutido mucho anoche, clavo en mano, allí en el vestíbulo. El no podía dejar de tener la sensación de que Marta lo sobreprotegía al insistir en que era absurdo que no quisiera colgar en todo el piso ni siquiera *una* de sus telas... absurdo no sólo porque ÁTOMO VERDE NÚMERO CINCO era un cuadro muy bueno -quizá los blancos y negros sobre la arpillera arrugada eran un poco Millares, quizás el tono de verde del

«átomo» un poco Soulages; pero, en fin, un buen cuadro dijeran lo que dijeran, fino y sofisticado-, sino que además, y era aquí donde Marta se mostraba más exigente, *porque era de ella.* Sí, señor, de su propiedad particular y privada porque él se lo había regalado hacía unos meses para el decimoquinto aniversario matrimonial. Y ella lo quería ver allí, en el vestíbulo, junto a la puerta. Sí, lo exigía:

-Al fin y al cabo, yo también existo...

Él había pensado regalarle una joya, algo realmente valioso, una esmeralda, por ejemplo, para su aniversario. E incluso fue a hablar con Roca para que le mostraran algunas: había una, no demasiado grande, colombiana, de modo que su precio era relativamente bajo, color «lechuga» y con jardines adentro, que era un primor. Lo consultó con Marta. Pero ella respondió que no, que lo que quería de regalo era un cuadro suyo: específicamente quería que le regalara ÁTOMO VERDE NÚMERO CINCO, que siempre le había encantado. Este gesto había sido muy de Marta: generoso, íntimo, cálido, estimulante, vivo. Con cosas así había producido durante los quince años de matrimonio ese «caldo de cultivo» especial para que él no se sintiera reducido a un ente que les pavimentaba la boca a las viejas ricas y les pasaba cuentas exorbitantes, sino que pudiera erguirse como un ser humano grande y complejo. Esto que Marta supo proporcionarle con tanta sabiduría suplantó con creces su maternidad imposible, porque su ternura tan femenina y completa no era para nada la ternura de la mujer objeto o la de la tradicional mujer doblegada, ni, por otro lado, le daba el amor agresivamente sexual de las mujeres adscritas al *Women 's Lib,* movimiento por el que mostraba un interés tan equilibrado como todos sus intereses, siempre temperados por la ironía.

Esa noche, la del aniversario, ella preparó la cena. Aunque aún no vivían en el piso nuevo, la sirvió románticamente en el comedor sin terminar -faltaba la moqueta, faltaban las cortinas y la lámpara; había un mueble embalado en cartones arrimado a un muro donde no iba a quedar-, pero en el centro del comedor preparó una mesa con la mantelería más fina, y puso en el centro un candelabro de plata inglesa de cuatro brazos con sus velas fragilísimas, que era su regalo de aniversario a Roberto. Mientras las sombras bailaban sobre su bello rostro moreno probaron una cena que ella preparó, fragante de trufas, culminando en deliciosos Saint Honorés rociados con champaña festivo... todo liviano, todo fino, pero que se les subió a la cabeza lo suficiente como para preludiar una estupenda noche de aniversario en la cama que ella tenía «improvisada» en el dormitorio del piso y que en esa ocasión estrenaron. Para Roberto no fueron ni las trufas, ni el champaña, ni la luz de las velas lo que definió esa noche tan profundamente... profundamente, en fin, profundamente algo, no sabía qué; lo que sabía era que la enriqueció no sólo la satisfacción sexual, sino otra cosa, más... bueno, más profunda y más compleja. Sí, fue otra cosa lo que obró la magia: el hecho de que Marta le pidiera con su voz tan sabia para matizar la intimidad, que no le regalara la esmeralda de Roca, porque prefería que le regalara como recuerdo de esa noche su cuadro ÁTOMO VERDE NÚMERO CINCO.

Ahí estaba ahora adosado al muro, junto a la puerta de entrada. Anoche incluso habían llegado a hacer el agujero en la pared, pero él ganó la discusión y el cuadro no se colgó, quedando de acuerdo en que al día

siguiente llamarían al portero para que llenara el agujerito y lo disimulara con pintura del mismo tono, y el cuadro se enviaría al estudio de su buen amigo Anselmo Prieto, un vasto estudio destartalado, para que lo guardara allí con el resto de sus cuadros mientras decidía instalarse en su cuarto vacío. Como si lo oyera pensar, Marta le había preguntado:

-¿Para qué lo mandas donde Anselmo? ¿Por qué no lo guardamos por mientras en tu cuarto vacío?

Marta no entendía: decididamente, había ciertos aspectos de su libertad que, por muy tierna y comprensiva que fuera, Marta no entendería jamás, y prefirió pasar por alto las explicaciones. Y los clavos, los tacos de plástico, el martillo, el barreno, quedaron sobre el mueble de laca japonesa: era increíble cómo había cambiado ese mueble al arrancarlo del pesado ambiente burgués de tónica indecisamente post-moder-nista de la casa de la madre de Marta, y cómo, trasladado al contexto *dépouillé* del piso nuevo, adquiría un significado estético totalmente contemporáneo.

Había quedado encendido un foco iluminando el cuadro. No era grande: sesenta por ochenta. Y tenía que reconocer que no sólo no chocaba sino que armonizaba de veras con el mueble de laca japonesa. Sí, y era liviano, no sólo de factura sino de peso: un kilo y ocho gramos, recordaba con toda precisión porque lo anotó en un papelito, ya que antes de decidirse a bautizarlo con el nombre que actualmente ostentaba había considerado como posibilidad llamarlo PESO 108. Lo sostuvo de nuevo en el sitio que le hubiera correspondido junto a la puerta de entrada y trató de alejarse un poco para verlo, y claro, no pudo. Pero quedaba muy bien en el vestíbulo. Sin embargo, mientras lo sostenía en la pared con las manos lo acometió la tentación de seguir la sugerencia de Marta de anoche y llevar el cuadro a su «estudio», o lo que sería o no sería su estudio, para ver qué pasaba. En cuanto encendió la luz del cuarto vacío y vio allí el ÁTOMO VERDE NÚMERO CINCO dijo no, no; está mal, los errores saltan a la vista, como cuando un estudiante de academia mira su croquis en un espejo que trae en el bolsillo con ese propósito, para delatar las debilidades de su dibujo y corregir. No pertenece a este cuarto vacío que es mi espejo, no corresponde a este cubo puro y sin hollar. Le falta algo. Todo. Todo en él equivocado. Pertenece al mundo de los muebles, no aquí, porque aquí revelaba toda su debilidad, la del cuadro y la suya. Apagó la luz y volvió con el cuadro al vestíbulo. Esta vez tomó resueltamente el taco de plástico, clavó el clavo y colgó el cuadro. Se alejó para mirar. Perfecto: allí pertenecía, como si ocupara un sitio que le hubiera sido asignado desde siempre. ¡Qué contenta se pondría Marta al regresar! ¡Qué sorpresa al verlo colgado por fin en su sitio!

Esperándola, caminó lentamente por el resto del piso, encendiendo las luces donde era necesario, cambiando apenas el orden de las revistas en las cuatro esquinas de la mesa de café de Marcel Breuer, de modo que los colores de las portadas armonizaran mejor con el conjunto, entreabriendo una cortina para que la cantidad controlada de luz embelleciera la riqueza de las texturas, y experimentando en forma total la satisfacción del ambiente que había sabido crearse, en el cual su cuadro ÁTOMO VERDE NÚMERO CINCO -el mejor y sin duda el último de su serie de ÁTOMOS VERDES-, colgado por fin junto a la puerta de entrada, era como la clave del arco, la

que lo cierra y le da solidez y resistencia: sí, ahora, al volver al zaguán y mirarlo en su sitio, se dio cuenta de que era totalmente necesario que ese cuadro estuviera allí. Marta tenía toda la razón.

¡Qué lástima que «El Viaje de Invierno» fuera tan largo! ¿O era «La Bella Molinera»? En todo caso, se demoraba muchísimo. Estaba ansioso por compartir con ella esta sensación de plenitud, hasta se atrevía a decir como de iluminación producida por el contacto con los objetos que le pertenecían... Sí, tener a Marta aquí para colocar su figura protectora de modo que tapiara la odiosa entrada a la habitación vacía, clausurándola para siempre, de modo que su cuadro colgado junto a la puerta quedara como su obra definitiva en este piso definitivo, en este vestíbulo definitivo, anulando también la tentación de entrar a la habitación vacía, y también, por otro lado, la otra tentación, distinta pero igualmente potente, de abrir la puerta de su casa y salir corriendo y perderse para siempre: le bastaba estirar la mano para abrir esa puerta...

Sonó el timbre. Su corazón saltó con la alegría de la certeza de que era Marta que regresaba, tocando el timbre en vez de abrir con su propia llave porque se había olvidado su llave, era típico, no podía ser más distraída. El momento solitario de la plenitud había pasado y ahora Marta se incorporaba triunfalmente a ese momento para prolongarlo bajo otra forma. Sí, le bastaba estirar la mano para abrir la puerta y dejarla entrar. Así lo hizo, exclamando:

-¡Marta...!

Pero no era Marta. Era el portero. O por lo menos el hermano del portero -Roberto no lo conocía muy bien, Marta era la que tenía tratos con él-, porque de lo que lo recordaba se le parecía mucho: alto, el traje gris, el pelo gris, el ajado rostro gris tan surcado, arrugado, anudado y marcado que daba la impresión de que iba a ser necesaria una obra de rescate arqueológico para exhumar al pobre hombre sepultado bajo tantos escombros. El hermano del portero saludó cortésmente y, cuando Roberto le contestó el saludo, entró, mirándolo todo como arrobado, y exclamando:

-¡Qué piso tan bonito...!

Lo dijo con sorpresa, como si lo viera por primera vez y constituyera una revelación para él, de modo que, claro, no podía ser el portero, sino el hermano del portero, porque el portero conocía el piso. Roberto, feliz, sonrió, aprobando su juicio y tan lleno de orgullo ante su creación que no pudo reprimir una cordialísima invitación:

-¿Le gustaría verlo?

A lo que el hermano del portero respondió:

-¡Encantado...!

Lo paseó por el salón señalándole el Tapies no sobre la chimenea para evitar el clisé, sino a la izquierda, y la colección de litografías -las más importantes- que formaban un *panneau* sobre la pared principal del comedor. Lo llevó a los aseos y a la cocina como quien pasea a un turista por los salones de un museo, explicándole las cosas, insinuando pero no recalcando el valor económico de cada objeto, entusiasmado con la admiración del hermano del portero. Omitió, sin embargo, el cuarto vacío -no había nada que enseñar en él, claro-, aunque fue justamente al pasar junto a su puerta que sintió el escalofrío producido, sin duda, porque se olvidó de cerrar la puerta del piso. Al llegar al vestíbulo el hermano del portero parecía

haber aflorado de los escombros de su rostro, tanta era su admiración, y reanimado sonreía. Al tomar el pestillo para cerrar la puerta en cuanto su visitante saliera porque ya nada más cabía que decir, Roberto también estaba sonriendo. En el momento justo antes de traspasar el umbral después de despedirse, el hermano del portero descolgó el liviano ÁTOMO VERDE NÚMERO CINCO y salió. Fue tan repentino su gesto que Roberto cerró la puerta antes de darse cuenta de lo que había sucedido. Comprobó que era verdad, que en efecto faltaba el cuadro, y volvió a abrir: allí vio al hombre con el cuadro debajo del brazo, sonriendo con la seguridad de que tanto Roberto como él y todo el mundo estaban de acuerdo en que había venido para eso, para llevarse el cuadro determinado de antemano. La puerta del ascensor se abrió ante el hermano del portero, iluminándolo y recortando su sombra en un cuadrado de luz sobre el suelo del *palier* Roberto no podía gritarle: «¡Devuélveme el cuadro, ladrón!» Eso podía resultar una impertinencia, y si armaba un escándalo tan al comienzo de su «vida definitiva» en el «edificio definitivo», sus relaciones con los vecinos no iban a plantearse como de buen augurio. Además, el hermano del portero parecía tan tranquilo, tan seguro. Y al dar el paso con que entró al ascensor, exclamó:

-¡Adiós! ¡Y... gracias!

Y definitiva como una gallina, y fuerte como la puerta de una caja de caudales, la puerta del ascensor se cerró tras él. Roberto salió al *palier y* se paró frente a la puerta del ascensor. En el tablero, la luz de cada piso fue encendiéndose sucesivamente: dos, uno, entresuelo, planta baja. Luego se apagó. Sólo entonces Roberto pudo reaccionar y levantó el puño para golpear la puerta cerrada de esa caja implacable, para exigir que le devolvieran su cuadro, un ladrón había entrado en su casa, se quejaría a la administración del edificio, robarse un cuadro así, sin más ni más, un domingo por la mañana... un cuadro suyo, sí, suyo, pintado por él... sin valor, claro, pero suyo. Y si no tiene valor, entonces ¿por qué protesta tanto?, le preguntarían las autoridades. Además, estaba en pijama, no podían verlo así. Bajó el puño, vencido sin golpear. Tuvo frío: claro, en pijama, en el *palier,* esto sí que estaba bueno, ahora sí que había atrapado un catarro... de los mil demonios... Sí, y mañana que tenía que comenzarle ese puente a la señora del presidente de su banco... Regresó a su piso y cerró la puerta. Con llave, por si acaso. Allí estaba la pared vacía, de un beige dorado muy fino, y en medio de la pared el clavo absurdo, solitario, pegado a su sombrita, como los clavos inexplicables que a veces se ven en las paredes vacías de los cuadros de Vermeer. ¡Pero qué tanto pensar en Vermeer en estos momentos...!

Pero, ¿momentos de qué? ¿De asalto, de robo, de crisis, de atropello, de expoliación, de abuso, de...? Era imposible formular lo que había sucedido. Además, la única solución era muy fácil y no tenía para qué agitarse tanto: en cuanto llegara Marta, que ya no podía tardar, le pediría que a través del portero se pusiera en contacto con el hermano del portero y, diciéndole que todo había sido un error, recuperara el cuadro. ¿Ofrecerle una compensación en dinero, tal vez, para suavizar las dificultades de tan delicada transacción? ¡Pero si el cuadro no valía nada! ¡Si sólo tenía lo que la gente suele llamar un «valor sentimental»! Era bastante humillante que un

cuadro suyo no tuviera más que un «valor sentimental», pero en fin... ¿Y era verdaderamente el hermano del portero? ¿Le constaba a él que el portero tenía un hermano? Le parecía haberlo oído decir una vez, pero quizá fuera de otro portero y de otro edificio. Y si no era el hermano del portero, ¿quién era, entonces? Y lo peor de todo, si era el hermano del portero, ¿por qué había entrado en su piso, y aparentemente comisionado por alguien y presuponiendo que él estaba en antecedentes, descolgó su cuadro con tanta decisión y se lo llevó sin molestarse en dar explicaciones de ninguna clase? Quizá Marta... Marta lo solucionaba todo, Marta tenía que saber. Se trataba, sin duda, de algo que ella había arreglado... quizá prestarlo para una exposición de aficionados, por ejemplo, pongamos que fuera en el Museo de Arte Abstracto de Cuenca, y con todo el barullo de la instalación definitiva en el piso se le había olvidado avisarle haber dado licencia para que hoy, a esta hora, vinieran a buscarlo... Sí, sí, esto era; algo había oído hablar de una exposición para aficionados de categoría en el Museo de Cuenca, y a Marta simplemente se le había olvidado decírselo. Claro, con todo lo que la pobre había tenido que trabajar para instalar el piso, y con Paolo y sus soponcios cuando Marta se rebelaba contra sus exigencias de que los colores de las toallas fueran *demasiado* refinados... y ahora, de repente, la aparición de este buen señor de Cuenca a buscar su cuadro: otra sorpresa, otro regalo de Marta, que siempre lo estimulaba tanto en todo. Roberto se puso su bata de seda italiana. Se sentó junto a la chimenea, la encendió después de pensarlo durante unos minutos y se quedó mirando el inútil y bello fuego recordando la visita a Cuenca hacía un par de años, los Tapies, los Millares, los Cuixart, los Forner, el estímulo de su envidia, de su deseo de emulación. Y ahora él iba a exponer allí; quién sabe si hasta le compraran ÁTOMO VERDE NÚMERO CINCO para la colección permanente de Fernando Zobel... pero, claro, no podía venderlo, le pertenecía a Marta y no podía despojarla... aunque quizás en un caso así comprendería.

Pero Marta no sabía nada de nada. Cuando llegó y Roberto le contó la visita del señor del Museo de Cuenca fue necesario descartar la tesis inmediatamente porque Marta jamás había oído hablar de que se preparara una exposición de aficionados en el Museo de Arte Abstracto. Allí era todo demasiado profesional. Ni de enviar un cuadro suyo a ninguna parte...

-Bueno, lo hubiéramos hablado no una, sino mil veces, Roberto, imagínate, y además es seguro que lo hubiéramos consultado con Anselmo.

-Ahora que lo dices, creo que fue una noche en casa de Anselmo que conocimos a un coleccionista que dijo... no, no era coleccionista privado, era, me parece, el director de...

-Sí, que le había comprado un cuadro a Anselmo.

-¿Ves? Claro. Para una exposición de aficionados en el Museo de Arte Abstracto de Cuenca.

-No era en Cuenca.

-¿Dónde, entonces?

-En Palma de Mallorca, creo... sí. Pero no tiene la misma categoría que Cuenca.

-Sí. Era en Palma.

-Y no era una exposición sólo para aficionados, porque, francamente, Anselmo Prieto es bastante más que un mero aficionado.

Roberto dejó transcurrir unos minutos de silencio, fríos como si pasara

un muerto, para que Marta se diera cuenta de las implicaciones de lo que había dicho. Luego, suavemente, le preguntó:

-¿Yyo?

-¿Tú qué?

Le costó precisar:

-¿Soy un *mero* aficionado?

Ella lo calculó:

-Eres un aficionado muy bueno. Pero un mero aficionado.

De nuevo Marta se demoró para medir las cosas.

-Sí. Eso lo sabes sin ninguna necesidad de que yo te lo tenga que decir.

-¿Y mis cuadros no tienen más categoría que los cuadros pintados por un aficionado...?

-Roberto...

-¿...un sacamuelas rico que, como no le gustan los deportes, pasa su tiempo libre pintando cositas?

-Roberto... por favor...

-¿...un filisteo abyecto que se quiere contar el cuento a sí mismo de que no es filisteo abyecto, sino que él también puede elevarse hasta las regiones más enrarecidas habitadas por los espíritus selectos de los verdaderos artistas, como Anselmo?

Marta cerró los ojos, se tapó los oídos y gritó:

-¡Roberto!

Él se había estado paseando frente a la chimenea y frenó bruscamente ante Marta, inquisitorial, furioso:

-¿Entonces por qué cojones me pediste que te regalara ÁTOMO VERDE NÚMERO CINCO para nuestro aniversario de matrimonio?

Ella se puso de pie, y muy despacio, como una gata, fue acercándose a él:

-Roberto, escúchame. Estabas tan mal esos días, tan deprimido, acuérdate de cómo te pones cuando te da por repetir y repetir que nada tiene sentido, que lo único que hacemos es comprar cosas con el dinero que ganas pavimentándole la boca a una cantidad de vejestorios ricos... que no puedes reducir tu vida al orgullo de poder pasar cuentas cada vez más altas...

Él se alejó de ella:

-¡Ah! ¿Tu admiración por ÁTOMO VERDE NÚMERO CINCO es, entonces, una admiración terapéutica, como enjuagarse la boca con Amosán...?

-No digas eso...

Roberto se alejó más aun de Marta, sentándose al otro lado de la mesa de cristal de Marcel Breuer colocada ante la chimenea.

-Gracias por tu caridad, Marta.

-Pero, ¿por qué no me quieres entender? No es que no me guste tu cuadro. Cómo se te ocurre. Me encanta. Pero hay que buscar un equilibrio de alguna manera...

-Eso es caridad. Gracias.

Titubeó apenas antes de agregar:

-Comprendo. A mí también me ha tocado ser... caritativo... a veces... contigo... Así es que aplaudo tu actitud.

Y diciendo esto miró agudamente el vientre siempre vacío de Marta,

penetrando en él como en el cuarto vacío que ya jamás se resolvería a llenar con nada. Marta sintió la fuerza de esa mirada que taladró sus entrañas doloridas con la culpa de quince años de jugar a que todo eso no importaba nada, que eran otras cosas las que importaban. Se tapó la cara con las manos. Esperó que, como otras veces, Roberto acudiera a abrazarla, a consolarla, a decirle que no importaba, a mecerla como a una niña porque ella era una niña, nada más, una pobre niña que porque era niña no podía tener niños, a besarla como a una niña... Pero esta vez Roberto no acudió: a través de la explanada fría de la mesa Bauhaus, abrigada apenas por la presencia de una escultura africana enhiesta en el centro y por las cuatro pilas de revistas bajo pisapapeles de cristal -«si vas a poner esos pisapapeles Victorianos espantosos, hay que simular por lo menos que *sirven* de pisapapeles, si no, son un horror», había dictaminado Paolo-, la mirada de Roberto continuaba hiriéndola. Las manos de Marta resbalaron de su cara, a lo largo de todo su cuerpo, hasta quedar sobre su vientre, defendiéndolo, y salió corriendo bruscamente de la habitación. Roberto se sentó y encendió un cigarrillo. Al sentir que Marta abría y después cerraba la puerta del piso, esperó un rato. Después se levantó, tirando el cigarrillo a la chimenea, y preguntó en voz muy baja:

-¿Marta?

Luego repitió más alto:

-¿Marta?

Comenzó a buscarla por todas partes, habitación por habitación, repitiendo Marta, Marta en voz muy baja, sabiendo, sin embargo, que no la encontraría porque se había ido.

¿Ido?

Ido era muy distinto de salido. Y, claro, sólo había salido, porque, pensó Roberto, a nuestra edad y con nuestra posición, la gente nunca «se ha ido», a lo más «ha salido». Quizá su mirada fue demasiado hostil, su venganza demasiado repentina... pero no era como si ella no se lo hubiera buscado. Entró en su cuarto vacío encendiendo la luz porque las persianas estaban bajas, cerró la puerta y se sentó en el parquet perfectamente nuevo, brillante y limpio. Nada en todo el cuarto: un espacio suyo. *¿Y qué, qué* pasaba si se había *ido* en vez de *salido? El* tendría, entonces, la soberbia comodidad de quedar sin testigos y no tener que darle cuenta a nadie de las monstruosidades que podía revelar el espejo, y permanecer -figurativamente, es claro- en esta habitación vacía sin necesidad de resolverse a hacer jamás nada con ella. Ni siquiera entrar.

Se preparó un plato de huevos revueltos con jamón para apaciguar su hambre, y después un poco de café. Se lo tomó junto a la chimenea apagada. Dijera lo que dijera Paolo, no tiraba bien, lo que resultaba un poco incómodo, aunque no de gran importancia, ya que la calefacción funcionaba en forma estupenda. Era, más que nada, la incomodidad de la sensación de que ahora nada cuajaba en el piso: que la proporción de la mesa de centro era un error, que la clase de relleno que usaron en el sofá color habano tenía una desagradable calidad resbalosa, que la cornucopia Imperio, aunque simple, contradecía el sentido de todo el salón. Y en el dormitorio era lo mismo. Y en el vestíbulo y en la cocina y en el baño, hasta que se encerró de nuevo con un portazo en su cuarto vacío, donde todo cuajaba. Se sentó en el suelo, con la espalda contra la pared. El catarro que tenía era fuertísimo, le

latían los ojos, las cejas sobre todo, lo que le producía un abombamiento insoportable, y fue deslizándose por el parquet brillante. Sí: «su» sinusitis, ahora violenta y vengativa, mareándolo. Marta había salido. Ella sabía qué darle cuando se sentía así. Salido, no *ido.* Las mujeres no *se iban* después de una escena, tirando a la basura quince años de matrimonio: simplemente *salían,* aprovechando para comprar mantequilla o jamón, y después volvían con la cara larga como si hubieran estado caminando bajo la lluvia como en las películas de Antonioni. Hasta que uno las consolaba: el abrazo, el beso, las gastadas palabras de otra reconciliación, respirar más rápido y más hondo, las manos acariciando, el dormitorio, la cama que lo borraba todo, y la paz, y el sueño que borraba más aun.

-¿Roberto?

En el cuadrilátero repentino de la puerta apareció la silueta de Marta llamándolo. *Salido.* Encendió la luz. Roberto había estado durmiendo quién sabe desde qué hora tirado en el parquet frío, con «su» sinusitis...

-Me quedé dormido.

Marta se hincó junto a él para ayudarlo a levantarse, suavemente, apoyándolo para que se pusiera de pie: no, hoy no iba a ser necesario montar la ópera de la reconciliación.

-Pero, ¿por qué aquí?

-¿Qué hora es?

-Las doce de la noche. He llamado toda la tarde y toda la noche para hablarte y... pero como nadie contestaba el teléfono, supuse que habías salido tú también...

Salido, pensó Roberto. No ido. No nos podemos ir. Sólo, de vez en cuando, salir.

-A ver, déjame tocarte... estás con fiebre...

-¿Dónde has estado?

-Donde Paolo.

-Ah, tu confidentito particular.

-Me dejó llorar. Es bueno tener un amigo marica para contarle las penas...

-Y para contarle lo perversos que son los maridos...

-Malos, malos, malos... vieras las cosas espantosas que le conté de ti.

-Y él estuvo de acuerdo.

-Por supuesto. ¿Para qué me hubiera servido desahogarme con él, si no? Y me propuso alternativas... amantes... amigos que me admiran por sobre todas las cosas...

-¿Y él les llevará el mensaje de que ahora estás disponible?

Ambos rieron.

-A ver, déjame abrir bien la cama. Acuéstate. El termómetro antes que el Optalidón. Sí, un poco de Vichy... colonia para que te refresques, en tu pañuelo...

Sí. Era «su» sinusitis. Pero esta vez tuvo fiebre durante un par de días y un dolor de cabeza que lo mataba. Marta lo cuidó inquieta, porque además Roberto estaba deprimido aunque tratara de ocultárselo. Seguramente era sólo debido a la enfermedad y ya se le pasaría: lo que sucedió entre ellos dos ese domingo no tenía importancia y ambos ya se habían olvidado del asunto.

Mientras Roberto estuvo en cama Marta llamó al portero y le preguntó si el domingo a tal hora había visto salir a un hombre con un cuadro -no, señora-, si él tenía un hermano algo parecido a él -no, señora-, y sin decirle nada más le pidió que quitara el clavo y el taco de plástico del muro del vestíbulo, que llenara el agujero con un poco de material, y al día siguiente, cuando el yeso ya hubiera fraguado, que pintara la pequeña mancha blanquizca con un poco de pintura del mismo tono, quedaba un poco en el bote: así, cuando Roberto se levantara dentro de un par de días ya no quedarían ni rastros de ÁTOMO VERDE NÚMERO CINCO y todos los desagrados que produjo: evidentemente, se explicó Marta a sí misma, se trataba de un error, alguien que se equivocó de *piso,* de casa, de cuadro, y bueno, lo mejor era olvidar todo el asunto, porque para tener otro inútil enfrentamiento con Roberto de la misma clase del que tuvieron, ya no tenían edad, francamente, y esas escenas no llevaban a ninguna parte. Las cosas que era imposible cambiar, mejor dejarlas, sí, eso le había dicho a Paolo ese domingo que pasó en su piso totalmente Bauhaus, con muchos cojines en el suelo, tomando té Orange Pekoe, viendo llover y contándose sus vidas y sus penas, como alguna vez lo habían hecho antes y como -así lo esperaba Marta- lo harían muchas veces después.

Pero Marta no quiso que Roberto siquiera pensara en levantarse para ir al trabajo antes de que lo viera Anselmo.

-Mujer, si sufro de sinusitis desde que tengo cuatro años, de cuando la guerra...

-No importa.

-Y sé cuidármela. No quiero que venga Anselmo.

En realidad, lo que no quería era oír de nuevo el timbre de la puerta -la señora Presen tenía llave propia porque generalmente llegaba en la mañana, antes de que ellos despertaran- y se resistía a que ningún extraño entrara al piso. Marta le contestó cualquier cosa ante su negativa de ver a Anselmo para que no se produjera uno de esos silencios que era imperativo llenar con algo, y no le obedeció. Haciendo a un lado sobre el escritorio el candelabro de plata, tomó el teléfono, marcó el número de Anselmo a pesar de las protestas de Roberto, y al colgar le dijo que su amigo y médico de cabecera se anunciaba para dentro de una hora.

Anselmo era pariente de Marta, un hombre alto, fornido, peludo como un oso de peletería ahora que se dejaba el pelo un poco largo y una barba que apenas descubría un trozo de su rostro, a su vez cubierto por el vidrio de grandes gafas transparentes, de modo que su cara parecía, según Marta, un «objeto» Dada, unas gafas y unos ojos grises con un marco de piel. En el vestíbulo, al abrirle la puerta, Marta le explicó que en realidad Roberto no tenía nada, pero que estaba un poco nervioso -no, no nervioso, Anselmo, ha estado un poco neurasténico como decían antes; no sé muy bien por qué-, y que lo examinara, pero sobre todo que le hiciera un poco de compañía.

-Tienes tiempo, ¿no, Anselmo?

-Sí. Los enfermos siempre tienen la prudencia de esperar a que los visite el médico antes de morirse, así pueden echarle la culpa.

-Entonces, quédate un rato con él. Y... oye...

Lo atajó antes de abrir la puerta del dormitorio:

-No le hables de pintura.

-¿Por qué?

-Después te cuento.

Anselmo examinó al enfermo, le dijo que no tenía nada, que no fuera tan melindroso y para qué lo molestaban haciéndolo venir si él mismo sabía cuidar su eterna sinusitis. Que le diera un cigarrillo. Lo encendió y se estiró a los pies de la cama matrimonial, admirando lo bonito que había quedado el dormitorio, con la antigua cómoda catalana, el escritorio que usaban tanto Marta como Roberto para cosas urgentes y sobre el cual estaban el teléfono y el candelabro de plata, y por último la presencia invitadora de la *chaise-longue* verde musgo: «me encantan los dormitorios con *chaise-longue* y los comedores con sofá y mesa de café», había dictaminado Paolo, y tenían comedor con sofá y mesa de café y dormitorio con *chaise-longue,* «para alguna noche en que se peleen», insinuó el interiorista.

Roberto asintió:

-Sí. Todo el piso ha quedado muy bonito.

-No lo he visto. Tenemos que organizar una *crémaillere.*

-No están los ánimos como para *crémaillere.*

Anselmo iba a preguntarle por qué, pero enmudeció al recordar las advertencias que Marta le hizo. Se sentía incómodo porque aunque los temas de que podían hablar eran infinitos, el más «natural» era la pintura, y con la incomodidad de sentir esa habitual puerta de comunicación cerrada temía que dentro de diez minutos cayeran en la mudez total. Roberto insistió:

-¿Quieres verlo?

-¿Qué?

-El piso.

Ésta era la ocasión para evitar el silencio.

-Bueno.

-Llama a Marta para que te lo muestre.

-Dijo que iba de una carrera a la peluquería, para estar decente mañana... acuérdate que vamos a BORIS...

-Ah. Te lo muestro yo, entonces.

-¿Ya no tienes fiebre?

-No. Si apenas tuve unas décimas hace unos días. Dolor sí, pero ahora casi nada...

Se anudó el cinturón de su bata de seda, calzó sus pantuflas, y sonriente al comprobar que ya ni siquiera de pie sentía dolor de cabeza, le abrió la puerta de su dormitorio a Anselmo para comenzar la visita desde el vestíbulo. Todo le gustó mucho, sobre todo el mueble de laca japonesa; aprobó la cornucopia estilo Imperio, lo que le quitó un gran peso de encima a Roberto porque nunca había estado seguro y tenía fe en el gusto de Anselmo; celebró el ídolo negro -sabía perfectamente que no era una pieza de museo, pero tampoco era una de esas porquerías que les venden a los turistas en los barcos que tocan Dakar-; admiró los colores, la transparencia de las cortinas, todo. Demoraron mucho porque Anselmo tenía un vivo interés civilizado por estas cosas, y aunque su gusto era muy distinto al de Roberto, su inclinación por el *bric-á-brac* y su afición por el modernismo no eran aceptables para Roberto, cuyo gusto estaba a medio camino entre el *dépouillement* Bauhaus de Paolo y la indiscriminación efusiva y anecdótica de Anselmo, no se le podía negar que tenía «ojo» e imaginación. Al pasar

junto al cuarto vacío Roberto estaba tan inmerso en explicaciones que casi abrió la puerta, pero se refrenó justo a tiempo. Dijo:

-Un armario.

-Grande debe ser.

-Demasiado...

Y Roberto apresuró el pauso para que a Anselmo no se le ocurriera abrir.

En el dormitorio, con su lucecita de velador encendida y el resto en penumbra, cálido, protegido -mientras afuera llovía y llovía-, habló un rato más con Anselmo, hasta que éste le dijo que mejor descansara bien si quería ir a trabajar a la clínica mañana por la mañana, y en la noche a BORIS... él se iba. Roberto le agradeció sus cuidados, diciéndose que uno de los grandes placeres de la madurez es brindado por la fidelidad de los viejos amigos. Él y Marta, Anselmo y Magdalena, eran «parejas amigas», que compartían si no absolutamente todo, ciertamente muchísimo: ellos eran los padrinos del último niño de los Prieto, salían a cenar y al cine y al teatro y al Palau juntos... En fin, siempre con mucho tema de conversación, siempre paralelos. La placidez de Anselmo le hacía bien al nerviosismo un poco acerado de la ironía de Roberto, y Marta y Magdalena salían de compras juntas, iban a conferencias, almorzaban en el centro y hacían esas misteriosas cosas que hacen juntas las mujeres mientras los maridos trabajaban, iban a los Encants, se criticaban una a la otra como buenas amigas, hacían dietas para perder peso y comparaban los resultados, y se peleaban los favores de Paolo. Anselmo bebió de un trago lo que le quedaba de whisky en el vaso, tuvo que buscar un poco a tientas donde dejarlo, y lo hizo finalmente sobre el escritorio. Despidiéndose dijo que llamaría mañana temprano para saber cómo había amanecido. Salió, cerró la puerta de la habitación y del piso, y Roberto se quedó solo otra vez.

Pronto llegó Marta y encendió las luces. Le preparó una cena liviana, se metió en la cama, leyeron él *Los Xuetas en Mallorca* y ella *Maurice,* de Forster, y después de hacerlo tomar el último Optalidón por si acaso, apagaron las luces y se quedaron dormidos.

Al otro día Roberto amaneció con la cabeza limpia, sin molestias de ninguna clase, preciso y claro como un cuchillo, entonado para el trabajo y lleno de entusiasmo para asistir a BORIS esa noche y aun para vestirse de etiqueta, a lo que naturalmente era reacio. Cuando llegó a mediodía besó a Marta: le pidió que esa noche se pusiera su vestido verde de brillos y ella dijo que bueno, que había pensado ponerse el negro y que la señora Presen se lo tenía listo, pero que iría inmediatamente al dormitorio a ver cómo estaba el verde para que la señora Presen lo repasara antes de irse después de lavar las cosas del almuerzo. Roberto estaba en el comedor, llevándose a la boca el último bocado de ensalada, cuando sintió la voz descompuesta de Marta, que desde el dormitorio le gritó:

-Roberto...

Dejó caer el cubierto y corrió. La vio demudada junto al escritorio.

-¿Qué te pasa, Marta, por Dios?

-El candelabro...

Roberto no entendió.

-El candelabro no está.

-¿Cómo no está?

-Ha desaparecido.

Le dijo que no podía ser, que se hubieran dado cuenta antes, que quién iba a habérselo llevado, que las cosas no *desaparecen* así no más, que ella era un poco distraída y descuidada, por no decir desordenada -mira el estado en que tienes ese vestido verde que es de Pertegaz y carísimo y el que más me gusta como te queda-, y que seguramente lo habría dejado en otra parte al arreglar la casa en la mañana.

-Yo no arreglé nada hoy. Fue la señora Presen.

-Pregúntale.

Marta no se movió.

-¿No vas a preguntarle?

Marta se mordió el labio.

-Puede haberlo llevado a la cocina para limpiarlo. Pregúntale.

-No me atrevo.

-¿Por qué?

-Puede sentirse ofendida, ya sabes cómo es esta gente.

-No seas tonta.

-Yo no le pregunto. No me atrevo. Le tengo demasiado respeto a esta pobre mujer, que a los sesenta años tiene que estar haciendo faenas por las casas para alimentar a su familia y a su marido, que dicen que es un borracho inútil, para dejarla que siquiera suponga que estoy insinuando que se lo puede haber robado. No.

-Pero si yo no digo que se lo haya robado, sólo que se lo llevó para adentro, para fregarlo.

-No estaba en la cocina...

-Mira, Marta, enfréntate con el hecho de que tienes terror a que esa mujer se enfurezca y te deje, y como es tan difícil conseguir una buena mujer de faenas...

-No seas imbécil.

-Si vas a gritarme y decirme imbécil por una mujer de faenas que... que tenemos hace apenas un mes...

-¿La gente pobre no puede tener también un poco de sensibilidad?

-Apenas la conocemos...

-¡Me das asco! Suponiendo una cosa así de una pobre mujer..., tú y tu piso, tú y tu candelabro inglés de buena época, tan fino...

-¡Qué me importa el maldito candela...!

En ese instante apareció la señora Presen, paraguas en mano, flaca, con los ojos agotados y las mechas escapándosele de debajo de la toquita de plástico floreado atada debajo de su barbilla con dos cintas azules. Llevaba un bolso minúsculo. El candelabro no podía caber en ningún intersticio de su persona exigua ni de su vestimenta.

-¿Nada más, señorita?

-No, creo que nada...

-Quité los platos que dejaron en la mesa, los lavé, y dejé puestos los aguamaniles y la fruta. El café está en la cocina. Me perdona si me voy de prisa.

-Si ya se ha pasado más de un cuarto de hora de su mañana, señora Presen; no se preocupe, yo lavaré lo poco que quedará...

-...es que me tengo que ir a cuidar a mi hermana viuda en Viladecans,

está en cama, enferma, flebitis, y le tengo que hacer la faena porque su hija trabaja en verano en un hotel de la Costa Brava, y como quiere progresar, en el invierno está aprendiendo francés y hoy tiene clase y tiene que dejar a mi pobre hermana sola toda la tarde. Así es que usted me perdonará, señorita, si por hoy no lavo todo...

Roberto dijo, aplacado:

-No se preocupe, señora Presen. Dése prisa para que alcance a tomar su tren...

-A Viladecans, autobús. Y mi sobrina tiene un novio que tiene un seiscientos, y cuando lleguen a la casa de mi pobre hermana me traerán de vuelta en el seiscientos. Viera qué buena es mi sobrina, y el novio de mi sobrina también. Él es...

-Hasta el lunes, señora Presen.

-Sí. Hasta el lunes, señor. Hasta el lunes, señorita.

-Hasta el lunes, señora Presen. Que encuentre bien a su hermana, y no se moje...

-No... gracias... adiós...

Dejaron que cerrara la puerta. Permanecieron en el vestíbulo, donde faltaba ÁTOMO VERDE NÚMERO CINCO, cosa que los dos sabían pero preferían no recordar, y esperaron a sentir la campanita que anunciaba el ascensor en el piso tres, y el golpe de la puerta que se cerraba indicando que la pobre señora Presen había emprendido su viaje a las regiones inferiores.

-¿Ves?

-¿Qué, Marta?

-Que no se lo robó.

-Pero si yo no dije que se lo hubiera robado. Lo único que te dije era que le preguntaras por el candelabro... tú agregaste todo lo demás.

-Pero no se lo robó.

-No, no se lo robó.

-Lo dices como quien reconoce una derrota.

Roberto dejó transcurrir un instante de silencio para ver si Marta se daba cuenta de por qué era, de veras, una derrota, una derrota muchísimo más terrible que si hubieran encontrado el candelabro escondido bajo el abrigo de la señora Presen. Pero no quiso prolongar el silencio y dijo:

-Anselmo.

-¿Estás loco?

-Es la única persona de afuera que ha estado en la casa, además de la señora Presen.

-Llámalo y pregúntaselo, entonces.

-¿Estás loca?

-Ah, ¿ves? ¿Ahora eres tú el que tiene delicadezas? ¿Por qué tanto miedo de acusar a Anselmo de robo, si crees verdaderamente que él te robó?

-¿Me vas a decir que quieres que llame a Anselmo Prieto para preguntarle si por casualidad no sería él quien se robó el candelabro de plata que estaba sobre mi escritorio, cuando vino a visitarme?

-Claro. ¿Qué se hizo el candelabro, entonces?

Roberto iba a abrir la boca para contestar, pero se dio cuenta de que ya la tenía abierta y que no podía contestar porque no podía ofrecer alternativas. ¿Que Anselmo, descuidadamente, lo hubiera metido en su maletín? No, ridículo; además, ahora se usaban esos maletines duros,

delgados, planos, en que no cabía nada... y por otra parte no podían haber sido íntimos amigos durante todos estos años sin haberse dado cuenta de que Anselmo era cleptómano. ¿Que fuera tan distraído que creyó que le pertenecía, que lo confundió con uno de los suyos, ese par que usaban en forma un poco clisé en la mesa del comedor? Absurdo. Hipótesis absurda sucedía en su mente a hipótesis absurda, vertiginosamente, una borrando la otra, todas inútiles, todas imposibles, y sin embargo cerrándole los oídos y los ojos para tratar de explicarse la conducta de Anselmo. Finalmente se rebeló contra la suposición que en forma implícita aceptaba: que en realidad había sido Anselmo. Siguió a Marta hasta el dormitorio sin oír lo que ella decía y por fin habló:

-No fue Anselmo.

Ella se le enfrentó:

-Tú me exigiste sin ningún asco que fuera donde la señora Presen a acusarla de robo y ahora quieres impedirme que le pregunte a tu amigo...

No era eso, no era eso, Marta no entendía nada, no entendía el terror, no quería abandonarse a él, hundirse en él, asociar dos acontecimientos para que la síntesis los cercara con el miedo. Y por eso, con el traje verde de brillos colgándole del brazo, estaba marcando el número de Anselmo. Roberto no pudo soportarlo. Salió de su dormitorio. Abrió la puerta de su cuarto vacío, entró, cerró y tocó el interruptor, pero la luz no se encendió.

-Mierda. Se quemó la bombilla.

Salió. Escuchó el tono áspero, angustiado de Marta hablando con Anselmo, y mientras se ponía su impermeable y tomaba su sombrero y su paraguas, oyó que colgaba el receptor. Cuando salió del dormitorio, Marta le dijo:

-Anselmo viene a las siete de la tarde.

-Enfréntate tú con él.

Y dio un portazo al salir del piso.

Llamó al ascensor, que se abrió al instante, como si lo hubiera estado esperando con impaciencia para bajarlo. Roberto presionó el botoncito *planta baja:* dos, uno, entresuelo. ¿Para bajarlo...? No: en cuanto se encendió la lucecita del entresuelo tuvo una certeza insoportable, y al llegar a la planta baja, antes de que se alcanzara a abrir la puerta, presionó de nuevo el tres, su piso -su bello, elegante, civilizado piso nuevo donde todo era perfecto antes de que desapareciera ÁTOMO VERDE NÚMERO CINCO y ahora el candelabro, y quizá la bombilla de su cuarto vacío no se había quemado sino desaparecido, alguien se la había robado y por eso le urgía volver a su piso, a comprobarlo-; entresuelo, uno, dos... cuatro, cinco, seis, siete. Roberto de nuevo presionó el tres, sabiendo lo que iba a suceder, y seguiría sucediendo quizá para siempre, seis, cinco, cuatro... dos, uno, entresuelo. Jamás volvería a encontrar su piso. Había desaparecido. Con Marta. Con todas sus cosas. Esta vez dejó que se abriera la puerta en la planta baja y salió. El portero estaba en la calle, protegido bajo el umbral, reclinado contra la columna de mármol, mientras jugaba con un bolígrafo, haciéndolo funcionar con un clic-clic que molestó a Roberto. ¿No tenía nada mejor que hacer? Lo saludó apenas y salió sin escuchar que el portero le decía que tuviera cuidado con mojarse ya que había estado enfermo. Roberto

necesitaba caminar un poco: por eso no bajó al sótano a buscar su coche.
Lo que lo obsesionaba era la posibilidad de llegar a todos los extremos, eso que Marta se negaba a ver pero que él veía y no lo dejaba alejarse de su casa porque tenía miedo de perderse y en vez de tomar su coche para ir... quién sabe dónde; con este tiempo infernal era imposible ir a ninguna parte ni pensar en nada, este viento, esta humedad, esta lluvia minúscula, esta ineficacia del impermeable, bufanda, guantes... preferible caminar, dar vueltas a la cuadra, y a medida que su miedo se iba precisando en torno a la certeza de que jamás volvería a encontrar su casa si cruzaba una calle y no continuaba dando la vuelta en redondo por la misma acera hasta llegar de nuevo a su puerta, vio que a pesar de sus precauciones iba desconociendo los comercios y las fachadas... claro que todavía no estaba acostumbrado a su barrio nuevo porque, al fin y al cabo, cuando salía de la casa lo hacía desde el sótano en su coche... y, sin embargo, no: allí estaba la boutique que lucía corbatas colgando de una mecedora Thonet pintada de rojo; allí la farmacia, pero no su casa, no su casa; sí, había desaparecido, su miedo tenía fundamento, no iba a poder volver, se iba a perder en la ciudad, en la intemperie, lejos de teléfonos y direcciones conocidas, en las calles enmarañadas por la noche y por las luces multiplicadas y refractadas por la lluvia.

Después de un rato en que ya no conocía nada, ni tiendas ni edificios, ni anuncios, ni árboles, cuando estaba a punto de echarse a correr quién sabe hacia adónde, tuvo la conciencia de que iba mojándose, y al mismo tiempo apareció junto a él el portero de su casa con su paraguas abierto para guarecerlo y conducirlo hasta su edificio.

-No se moje, señor.

-Gracias.

Cuando el portero le abrió la gran puerta de cristal, Roberto de nuevo iba a darle las gracias por su amabilidad pero no lo hizo porque divisó la puerta roja del ascensor en el que se vería obligado a subir... ¿a dónde?... ¿encontraría su piso, solo, sin ayuda, como no había podido encontrar su casa sin la ayuda del portero...? ¿No se quedaría vagando eternamente en el ascensor de piso en piso, del dos se pasaba al cuatro, el tres no existía, las luces encendiéndose y la campanilla sonando en cada piso que no era el suyo, taladrando sus oídos por toda la eternidad?

No. No podía dejar que esto le sucediera. Aprovechando que el portero lo seguía, como vigilándolo, se tambaleó un poco. El portero obedeció su sugerencia:

-¿No se siente bien, señor?

-No.

-¿Lo acompaño hasta su piso, señor?

Exactamente. ¡Qué bien entrenado tenían al servicio! El portero subió con Roberto al ascensor y presionó el botoncito rojo número tres: entresuelo, uno, dos... y tres: milagrosamente, la puerta se abrió como siempre, obedeciendo al portero porque, al fin y al cabo, además de portero en ocasiones debía desempeñarse como ascensorista y sabía su oficio, y lo ayudó con gran delicadeza, como si se tratara de la operación más difícil, a trasponer el umbral del ascensor, apoyándolo hasta la puerta de su piso mientras Roberto sacaba su llave. Cuando la sacó, le dijo:

-Gracias.

Vio en la cara del portero que lo había desilusionado y quizás hasta herido. Él sin duda estaría imaginándose una escena de telefonazos y emergencias, que después podría comentar como el acontecimiento estelar del día con su mujer a la hora de la cena, sobre los garbanzos y el vino. Pero no, se dijo Roberto, no podía estar pendiente de si hería o no a un portero, y le indicó:

-Cuidado... se le va el ascensor.

Al verlo retroceder hasta el aparato, justo antes de que se cerrara la puerta tragándose al hombre que lo había encontrado perdido en la intemperie, él metió la llave en su cerradura y dijo:

-Buenas noches. Y gracias.

Abrió la puerta y entró. Al oírlo entrar, Marta acudió presurosa, dispuesta, sin duda, para una escena de reconciliación y de diálogo. Incluso, quizá, de ternura: pero él no estaba para tonterías ahora. Había terrores más grandes que aplacar. Sin hablarle, casi sin mirarla ni saludarla, se dirigió directamente al cuarto vacío, y ella lo siguió sin chistar, con el vestido verde de brillos, que estaba revisando para ponérselo esa noche y darle gusto, colgado del brazo -si Marta creía que él iba a ir a BORIS esa noche, y con Anselmo y Magdalena, estaba muy equivocada-, y una aguja con hilo verde en la mano. Roberto abrió la puerta del cuarto vacío. Movió el interruptor. La luz no encendió. Marta murmuró detrás de su hombro:

-Se quemó la bombilla.

-No.

-¿Cómo no?

-Ve a traerme la linterna que hay en el cajón de arriba, el de la izquierda, del escritorio.

-Pero ¿para qué?

-Ve, te digo...

Su voz temblaba irritada, perentoria. Ella no vio la cara de Roberto, sólo su espalda, el impermeable húmedo, el cuello subido, en una mano el sombrero y la otra moviendo histéricamente el interruptor inútil. Marta, con una especie de confianza cotidiana que en ese momento le pareció a Roberto totalmente fuera de lugar, dejó el vestido verde colgado del brazo estirado con cuya mano él maniobraba el interruptor y fue al dormitorio a buscar la linterna. Cuando regresó vio que Roberto no se había movido, todo igual, espalda, impermeable, sombrero, brazo drapeado con el vestido de gasa verde moviéndose histéricamente para obligar al interruptor a que funcionara a pesar de que estaba convencido de que no podía funcionar. Sin darse vuelta, Roberto dijo:

-Dame la linterna.

Extendió su mano maquinalmente, como la mano de un cirujano que toma una pinza que le pasa su enfermera. Encendió. Marta, por encima del hombro de Roberto, vio que el rayo penetraba la oscuridad. El rayo, poco a poco, fue subiendo por las paredes desnudas. Moviéndose, vibrando, el rayo buscaba: se detuvo justo en el medio del cielorraso, en el corto alambre enroscado sobre sí mismo rematado en un portalámparas dorado y una bombilla. Pero la bombilla no estaba. Roberto, como fulminado, apagó la linterna y se quedó mudo, quieto, mirando la inmensa oscuridad del cuarto

vacío. Después de un instante, dijo:

-¿Ves?

Marta, detrás de su espalda, preguntó muy suavemente:

-¿Quién puede haberla sacado?

Roberto se dio vuelta para mirarla, odiándola por penetrar con él en el miedo y haberlo aceptado, y cuando Marta quiso desembarazarlo del vestido de brillos verdes, él, de un tirón, se lo arrebató, rajándolo, y algunas lentejuelas se derramaron por el piso.

-Rober..

Sonó el timbre. Ambos, como si el timbre trajera la respuesta a todas las preguntas que no sabían ni siquiera cómo comenzar a formular en sus mentes, corrieron hasta el *hall de* entrada, y Roberto, con el vestido verde vomitando lentejuelas en una mano y el sombrero en la otra, y Marta corriendo detrás con la aguja hilvanada en una mano y la linterna en la otra, abrieron la puerta.

Cuatro sonrisas plácidas, unánimes, perfectamente ordenadas, propusieron un mundo de seguridad a los ojos despavoridos de Marta Mora y Roberto Ferrer. Atrás, dos mujeres altas, flacas, de impermeable, con el pelo muy corto, casi iguales, tan lavadas que los poros y las venas quedaban detalladamente dibujados sobre la fealdad cotidiana de sus rostros. Pero Roberto se dio cuenta de que la de la izquierda, pese a su aspecto de amanuense de notario de provincia, tenía cierta errada noción de lo *sexy,* porque llevaba colgados de las orejas unos pendientes de metal dorado como de gitana que contradecían el puritano aspecto del resto de su atuendo. Adelante, los dos hombres, muchísimo más bajos, y rellenos como butacas, eran también unánimes, sólo que el que quedaba bajo la mujer que no llevaba pendientes era calvo, y en medio de la calva lucía un lunar obeso como si un escarabajo hubiera trepado hasta allí para instalarse sobre la calva monda y lironda. Los cuatro dijeron al mismo tiempo:

-Buenas tardes.

Las cuatro voces gentiles, sumadas, produjeron una impresión como de órgano, y Roberto, que tenía el oído muy fino, inmediatamente percibió que los registros de las cuatro voces eran distintos, como los de un conjunto bien adiestrado que se dispusiera a cantar a cuatro voces en la iglesia: el «buenas tardes» que dijeron fue como el «la» previo a la actuación. Algo le hizo sentir cierto respeto por esos cuatro mamarrachos, y al responderles con un «buenas tardes» que no pudo cargar con ningún calor, con la mano todavía en el pestillo se retiró un poco, abriendo más la puerta -se retiró porque el hombre sin el escarabajo en el cráneo exhalaba ese pesado olor a boca que su entrenamiento de dentista lo hizo reconocer como producto de una digestión lenta-, y los cuatro personajes, como aceptando una tácita invitación, entraron al vestíbulo.

Horrorizado, Roberto vio que Marta cerraba la puerta tras ellos. Los cuatro paraguas chorreaban sobre la moqueta. Sus zapatos hacían crujir algunos brillos al pisarlos. Y se quedaron allí, alineados en otra formación, un hombre bajo, una mujer alta, otro hombre bajo, otra mujer alta. Los cuatro traían de esos antiguos portadocumentos de cuero marrón, tan atestados que parecían panzas de perras preñadas repletas de cachorros. Sonreían sus sonrisas unánimes. El escarabajo parecía haber trepado un poquito más sobre la frente del calvo, y los pendientes de gitana de esa

especie de monja laica cuyos ojos lo hurgueteaban todo, tintineaban ligerísimamente. Esta, inclinando un poquito la cabeza como para atisbar por la puerta entreabierta del salón, susurró:

-¡Qué piso tan bonito!

Soprano ligera, se dijo Roberto. Los dueños de casa dieron las gracias por el cumplido. El del escarabajo, barítono, preguntó:

-¿Podríamos hablar un rato con ustedes?

Marta y Roberto quisieron saber de qué se trataba. En respuesta, los cuatro personajes, con sus voces armonizadas, organizaron una especie de fuga de preguntas, suaves, gentiles, celestiales como en una capilla de pueblo.

-¿Ha abierto su corazón a la palabra de Jesús?

-¿No siente que es el momento de arrepentirse de sus pecados?

-¿Ha cuidado su alma inmortal?

-¿Por qué no permite que el Señor lo toque?

La del alma inmortal era la soprano ligera de los pendientes, que al enunciar su pregunta no parecía estar completamente concentrada en su místico contenido, sino que, con la punta del pie, había ido abriendo lentamente la puerta del salón, y tenía medio cuerpo adentro y medio cuerpo en el vestíbulo, hurgando con unos ojos hambrientos de curiosidad esa estancia civilizada, de bellas tonalidades lamidas por las llamas del fuego que ardía en la chimenea. Marta la vio. Vio cómo se introducía poco a poco -mientras la fuga de preguntas místicas sobre la salvación y el alma inmortal seguían tramando una fuga de voces- hasta quedar completamente dentro del salón, y poco a poco también, como si fueran patitos de madera que ella arrastrara en un hilo, los otros tres personajes, lentamente la siguieron. El tenor con olor a boca preguntó:

-¿Permite que la palabra del Señor guíe cada uno de sus pasos?

Y la contralto parecida a Ana Pauker:

-¿Lleva en su pecho la llaga del arrepentimiento?

Roberto, con una mano cargada con su sombrero y la otra con el vestido rajado que se había puesto a vomitar abalorios verdes incontroladamente sobre la moqueta, lo único que quería era que estos espantapájaros se fueran para poder barrer y salvar no su alma, que lo tenía sin cuidado, sino la moqueta; se abrió de brazos y se encogió de hombros, respondiendo:

-Mire... no sé... francamente...

Pero mientras lo decía, el hombre del escarabajo había dado un paso hacia adelante y con la mayor humildad, con expresión apostólica, imploró más que preguntó:

-¿No podríamos hablar tranquilos unos minutos con ustedes? Se ve que ustedes son personas sencillas, que quizás habrán sufrido mucho, buenos padres de familia que buscan un refugio contra las inclemencias de la vida contemporánea, tan contaminada como la atmósfera de la ciudad por la polución...

Ante tanta humildad, ante alguien con una opinión tan original sobre ellos, Marta y Roberto, dominados por una atolondrada buena crianza que no puede negarle su casa a quien la solicita, no fueron capaces de dejar de decir:

-¿Quieren pasar un momento al salón?

La hilera de patitos de madera entró al salón en pos de la de los pendientes de gitana, y se repartieron, sentándose en el sofá color habano, en las butacas de Le Corbusier, en el *pouf,* alrededor de la mesa de cristal frente a la chimenea que ardía. Marta les ofreció algo de beber. El que tenía olor a digestión lenta respondió por todos, ofendido:

-Nosotros jamás bebemos alcohol. Es uno de los caminos más seguros hacia la perdición, tanto moral como física, y debemos tanto nuestra alma como nuestro cuerpo al Señor.

Marta, apabullada, volvió a sentarse:

-Perdón, no quise...

La soprano ligera lo miraba todo. Torció la cabeza para tratar de «comprender» -¡«comprender»!, se dijo Roberto- el Tapies a la izquierda de la chimenea, y estiró su cuello para darle unos inútiles toques a su pelo lacio reflejado en la cornucopia. Después, su vista tropezó sobre el ídolo africano tan evidentemente enhiesto en el centro de la mesa de cristal ornamentada en cada esquina con algunas revistas aplastadas por los cuatro pisapapeles Victorianos. Al ver el ídolo, la de los pendientes le dio un codazo a Ana Pauker, la más gris, la de la sonrisa más beatífica e indeleble, y con la punta de la barbilla hizo un gesto señalándole al ídolo, el cual, considerando los estándares de los ídolos africanos, no podía decirse que fuera verdaderamente prominente. La sonrisa que parecía indeleble en la cara de Ana Pauker se borró y su rostro se tiñó de escarlata. Al ver el sonrojo de su compañera, también se borró la sonrisa de la de los pendientes de gitana, que hasta entonces no parecía haber encontrado ninguna ofensa a su pudor. Pero Ana Pauker la contagió inmediatamente con su indignación y quedaron las dos tiesas y serias y coloradas, una junto a la otra sobre el sofá habano, con sus miradas torcidas hacia el fuego para evitar al habitante de la mesa de cristal. Al frente, en un sillón un poco alejado, con el sombrero puesto porque ya no sabía qué hacer con él ni con nada, y aferrado al vestido verde como si eso fuera a impedir que siguiera regando de abalorios de vidrio verde la moqueta del salón, Roberto parecía aplastado, borrado. Marta, al verlo, se había adjudicado la tarea de hacer el gasto de la conversación, y los dos hombres, el del mal aliento y el del escarabajo que trepaba y trepaba por la calva sin jamás llegar arriba, hablaban de lavarse del pecado por medio del arrepentimiento y del dolor, de la palabra de Jesús, y comenzaron a abrir sus portadocumentos preñados, pariendo libros que ofrecían a Marta, y ella, sin mirarlos, los rechazaba gentilmente, sin herir: no me interesa, no me interesa nada de lo que ustedes dicen, lo siento. Mientras tanto, el del escarabajo había hecho una señal a las dos mujeres y éstas, obedeciendo la consigna, también comenzaron a abrir sus portadocumentos y a sacar libros. La de los pendientes, sonriendo otra vez, le tendió un volumen a Roberto, que frente a ese ataque frontal reaccionó: levantándose de su sillón y blandiendo el vestido que regaba lentejuelas inagotables, gritó:

-¡Basta! ¡Basta! Marta, que se vayan, no soporto a esta gente que no tiene ni siquiera los rudimentos de sensibilidad como para darse cuenta de la clase de gente que somos, y de que ellos no tienen nada que hacer aquí... Basta... no puedo más...

-Bueno, Roberto, ya se van.

Roberto se volvió a dejar caer en el gran sillón junto al fuego, y los

visitantes, los portadores de la palabra de Dios, aterrorizados, dejaron de sonreír y humildemente comenzaron a rellenar sus portadocumentos con los libros con que se proponían propagar la verdad. Por fin, cada uno tomó uno de los pisapapeles de cristal y cada uno lo metió dentro de su portadocumentos respectivo con la naturalidad y coordinación con que hubieran guardado esos objetos si los hubieran sacado junto con sus libros. Marta y Roberto los miraron hacer. Sabían perfectamente lo que estaban haciendo: llevándose los pisapapeles. Pero al verlos cerrar apresuradamente sus portadocumentos y ponerse de pie, tan turbados, tan mansos, tan ingenuos, tan bien intencionados, no lograron decir nada, sólo acompañarlos por la moqueta crujiente de vidriecitos verdes, soportar que la dejaran imposible, seguirlos hasta la entrada pisando también ellos las lentejuelas, y decir adiós rápidamente, dejándolos salir y cerrando la puerta.

Marta volvió casi corriendo donde Roberto, que había vuelto a dejarse caer como muerto en el sillón junto a la chimenea. Le quitó el sombrero, pero cuando intentó desembarazarlo del vestido verde al cual estaba aferrado, Roberto se puso de pie como si hubieran apretado un botón, y arrebatándole el vestido a Marta y jironeándolo más, salpicó entero el salón de abalorios verdes al tirarlo al fuego. Le gritó a Marta:

-¿Te das cuenta de que se han robado los cuatro pisapapeles delante de nuestros ojos?

-Sí...

-¿Y te quedas parada ahí?

-...

-¿Te das cuenta de que nos están expoliando?

-¿Quiénes?

-La bombilla... el candelabro... no sé...

-No serán los mismos.

-No seas imbécil.

-Francamente, no estoy con ánimo para tolerar tus insultos. ¿Esta es la única manera en que eres capaz de reaccionar? ¿Por qué tiraste mi vestido verde al fuego?

-¿Quieres saberlo?

-Sí.

-Porque se me antojó.

Roberto gritó la última frase con toda la fuerza de sus pulmones. Pero Marta se acercó a él y, tirando al fuego el sombrero de su marido que todavía tenía en la mano, le dijo:

-Me voy.

-¿Donde Paolo?

-Yo sabré.

-Vete.

Pero al dirigirse hacia la puerta, sus pies comenzaron a hacer crujir los cientos, los miles de lentejuelas y mostacillas, perlas y abalorios, moliéndolos y triturándolos contra la moqueta beige, que quedó estropeada para siempre. Al darse cuenta de lo que hacía, Marta se detuvo:

-¡Por Dios, cómo está quedando esto!

-¿Qué vamos a hacer?

-Trata de no pisar...

-Mira, por aquí hay menos...

-Ve a traer una escoba.

-No, la aspiradora eléctrica.

-Quedaron de traerla hace más de una semana, pero no la han traído. Ya sabes lo informales que son la gente ésta de los electrodomésticos. Creen que una...

Roberto sacudió unas pocas lentejuelas del sofá, como si ya no le quedaran fuerzas más que para sentarse otra vez. Pero no alcanzó a sentarse porque Marta dijo:

-No te sientes, vamos...

-¿Adonde?

-No nos vamos a quedar aquí sin hacer nada.

-No.

Y mientras le pasaba el sombrero a Roberto, y ella se ponía su impermeable y agarraba su paraguas, murmuraba:

-Hay que tener un cinismo... ladrones... delante de nuestros ojos... como si tuvieran *derecho* a llevárselos... mandarlos presos... hay que llamar a la policía... francamente...

-Ya deben haber bajado.

Pero no era cuestión de policías, de eso estaba seguro Roberto: las mujeres todo lo arreglaban con el teléfono, la policía y los electrodomésticos... y, sin embargo, había que buscar alguna ayuda, había que tener fe en que podían encontrar a los malhechores, porque de otro modo uno podía comenzar a pensar, y eran preferibles la indignación, la protesta, la furia, a pensar. Salieron tratando de pisar las menos lentejuelas posibles, pero aún en el *palier* crujían las que quedaron pegadas a las suelas de sus zapatos.

En la calle ya hacía rato que había dejado de llover y desde el cielo despejado se burlaban unas galaxias verdosas, millares de estrellitas minúsculas salpicadas en el cielo. De alguna manera, pensaba Marta, todo era culpa de Roberto, y aunque no podía ni ordenar las partes de su hostilidad hacia él para formularla, percibía la silueta odiosa de su rencor: sí, ahí estaba su marido como un perro de presa buscando los rastros de los ladrones por las cuadras vecinas a su edificio, las calles conocidas, las tiendas cotidianas cerrando, ella misma arrastrada por Roberto que no toleraba que alguien violara el preciosismo de su piso, enamorado de los objetos, prisionero de ellos, dependiente de ellos. Despreciable, en una palabra. No había tenido la fuerza para reaccionar al instante cuando cuatro seres absurdos habían robado delante de sus ojos sus adorados pisapapeles de cristal Victoriano. Sí, Roberto tenía mucha sensibilidad. Pero, ¿y fuerza? ¿Dónde estaba su fuerza? Con razón era un pintor de segunda categoría, aun como aficionado, o de tercera, apenas decorativo y de buen gusto, blanco, negro, marrón, beige, gris, el clisé, y ÁTOMO VERDE NÚMERO CINCO era pésimo, en el fondo era una suerte que hubiera desaparecido del vestíbulo, porque, para decir la verdad, estropeaba el conjunto. Roberto musitó:

-Desaparecidos.

Ella reaccionó ante el miedo con que esa palabra estalló en su conciencia. Pero no dijo nada.

-Desaparecido. Todo desaparecido.

-Pero, Roberto, tú sabes cómo están los robos ahora. Ayer, en el periódico...

Con un gesto irritado que no dejaron de notar los que pasaron cerca de ellos en la calle, él se desprendió del brazo de su mujer. Electrodomésticos, policías, telefonazos... ahora los periódicos. ¡Las mujeres! Tontas. Todas. Incluso Marta. La falta de cumplimiento de los hombres de los electrodomésticos les sirve para no enfrentarse con la verdad que hay detrás de la anécdota. Él se enfrentaría con ella entera algún día: allí estaba el cuarto vacío esperándolo. Y ahora se enfrentaba, por lo menos en parte, al reconocer que todo esto nada tenía que ver con la policía y los electrodomésticos: las cosas desaparecían. No eran robos. O eran robos que no eran robos. Sí, las cosas desaparecían aunque sus agentes fueran los cuatro Adventistas del Séptimo Día, la señora Presen, Anselmo, el hermano inexistente -sí: inexistente- del portero... pero que Marta se enfrentara de una vez y para siempre con el hecho de que no eran robos. Era otra cosa.

Marta caminaba un poco separada de Roberto, casi por la orilla de la acera, consciente sin duda de lo que él estaba sintiendo por ella, porque eso sí, las mujeres, para darse cuenta del menor cambio en lo que los hombres sienten por ellas, tienen antenas de una sensibilidad asombrosa... pero para nada más. En todo lo demás, tontas, unas tontas rematadas. Dijo:

-No sacamos nada con buscar.

-No hay que perder las esperanzas así no más, Roberto.

-Nos estamos alejando de la casa.

Al decirlo, Roberto se quedó parado en la acera, helado. Acercándose a su mujer y tomándola suavemente del brazo, murmuró:

-Espera.

-¿Qué?

-Mira.

-¿Qué?

-Allá en la esquina, al frente...

En el chaflán vieron estacionado a un camión un poco destartalado que decía TRANSPORTES LA GOLONDRINA. La parte de atrás estaba abierta y la puerta trasera servía de rampa para que por ella subieran los cargadores. En ese momento dos cargadores iban subiendo por la rampa, con mucho cuidado y esfuerzo, el gran mueble vertical de laca japonesa que decoraba el vestíbulo del piso de Marta Mora y Roberto Ferrer, y que había sido de la madre de Marta: una pieza estupenda que la generación anterior no supo apreciar. Se quedaron mirando -melancólicamente, impotentemente- cómo los hombres lo subían. Luego, cómo volvían a bajar, cerrando después la puerta trasera y encerrándose en la cabina. El motor del camión comenzó a sonar. Marta dijo:

-Anda... vamos... antes de que se vayan...

-¿Qué quieres hacer?

-Preguntarles...

-¿Qué?

-El mueble de laca japonesa de mi mamá...

-¿De tu mamá...?

-Bueno, nuestro... se lo llevan. Corre.

-Corre tú...

De mi mamá: ella, la niña que no quería tener niños para no dejar de ser niña, se lanzó gritando al torrente de coches mientras el camión de TRANSPORTES LA GOLONDRINA se alejaba y Marta corría por la calzada gritando:

-Pare. ¡Pare...!

Las luces se reflejaban en la calzada mojada, amarillas, rojas, enceguecedoras, y ella corría entre los coches, gritando pare, pare, como si se llevaran su alma.

-¡Marta!

Un coche la pasó raspando y la tiró al suelo. Se hizo un remolino de coches que se detenían, de gente que se apelotonaba, fascinada por el accidente ocurrido bajo el cielo frío y las luces multiplicadas, silbatos que llaman, personas que corren a telefonear mientras el cuerpo es transportado a la acera. Nada. No es nada, le aseguran a Roberto. Desmayada nada más y el dedo meñique sangrante. Fue culpa de la señora, que cruzó en medio del tráfico en la mitad de una cuadra, de modo que judicialmente no había nada que hacer. La culpa fue suya. Ya está volviendo. Se queja. Es sólo por el dolor del meñique, dice Roberto. ¿Y si tiene lesiones internas? Al hospital, al hospital San Pablo, sí, inmediatamente, no vaya a haber alguna lesión interna. Al servicio de urgencia. Pero en el servicio de urgencia encontraron que Marta Mora no había sufrido más que levísimas contusiones y lo único verdaderamente... bueno, no grave, aunque sí molesto, es que le habían deshecho la última falange del dedo meñique de la mano izquierda. Era necesario efectuar una intervención quirúrgica inmediata, sí, de poquísima gravedad, pero iba a ser necesario cortarle la última falange del dedo meñique.

-Le va a quedar horrible a mi pobre mujer.

El médico miró sorprendido a Roberto, ya que ésa no era una observación corriente que un marido hiciera a propósito de su mujer que ha sufrido un accidente callejero.

-Seguro que la manicura me hará rebaja por nueve dedos en vez de los diez de siempre...

Roberto y el médico, que no se habían dado cuenta de que Marta, aunque todavía adormilada, había vuelto de la anestesia, la miraron sorprendidos. Roberto la besó y ella a él, quejándose de que le dolía bastante, y el médico terció diciendo que eso iría desapareciendo y que no iba a haber complicaciones de ninguna clase. Roberto arregló para que en la clínica le dieran una habitación con dos camas, una para ella y otra para él, porque se proponía quedarse acompañándola día y noche: aunque la cosa carecía de importancia debía permanecer un par de noches en el hospital bajo observación, y él se proponía acompañarla. Junto a la cama de la enferma, Roberto le preguntó al médico que le tomaba el pulso desde el otro lado:

-¿Y qué hicieron con la falange que le quitaron?

El médico lo miró extrañado:

-Usted, como odontólogo, debe saber qué se hace con esas cosas... Se las llevan...

Roberto durmió un sueño tan pesado como el de Marta bajo el Sonmatarax. Se levantó temprano al día siguiente. Llamó a un colega para

que se hiciera cargo de su trabajo de urgencia por un par de días, y telefoneó a su secretaria para que cancelara todas sus citas. Su intención era quedarse junto a Marta todo el tiempo, no volver al piso, mandar a comprar todo, hasta la ropa que iba a necesitar. Cuando se fue el médico, ella dijo:

-Me la han quitado.

-Un pedacito muy pequeño...

-Vamonos.

-¿Adónde?

-Al pi...

-¿Y si...?

Se quedaron hablando medias palabras durante todo el día, viendo por la amplia ventana de la habitación cómo llovía sobre los árboles pelados y duros como de acero, sobre el paisaje de los edificios del hospital, sobre los coches achaparrados y brillantes como escarabajos junto a la entrada. Al segundo día el doctor dijo que esa tarde Marta podía volver a su casa. Cuando salió de la habitación ella miró con ojos llorosos a Roberto, preguntándole:

-¿Y si no está?

Roberto movió un poco la cabeza, significando no sabía muy bien qué. Pero no le dijo a Marta que a su miedo de no encontrar el mueble de laca japonesa de su madre en el vestíbulo, él sumaba otro miedo, mucho mayor. Cuando ella dijo que se sentía demasiado débil para irse ese día, Roberto tuvo el alivio de un aplazamiento benigno, piadoso; pero esa noche, pensando en el día siguiente, ni él ni ella durmieron, escuchando las sirenas histéricas de las ambulancias que penetraban la noche con su terror, trayendo o llevando a enfermos desconocidos, víctimas de accidentes o enfermedades desconocidas, en sitios desconocidos de la inmensa ciudad desapacible que tampoco lograba dormir ni descansar. Cuando a la mañana siguiente el doctor les dijo que era imperativo que se marcharan porque andaban muy cortos de habitaciones y Marta ya estaba bien, Roberto dijo que su mujer estaba demasiado débil, casi no había dormido esa noche. El médico preguntó:

-¿Tiene aquí su coche?

-No...

Y aunque lo tuviera. ¿Encontraría la casa? ¿No habría desaparecido el número? ¿No se la habían llevado, también, como todo lo demás, y él y Marta se quedarían dando vueltas y vueltas, eternamente, en coche, por las calles de la ciudad, buscando el número de una calle donde ellos habían instalado su piso definitivo, pero que ahora no existía? ¿Buscar y buscar, rondando hasta agotarse, hasta envejecer, uno al lado del otro en el asiento del coche, decayendo en medio del tiempo que pasaba y de la ciudad que crecía y cambiaba, hasta morir sin encontrar el número? Marta debía haber estado sintiendo lo mismo, porque le dijo al médico:

-Es curioso... estoy tan agotada que creo que no podría sostenerme ni un minuto sobre mis propias piernas... no podría caminar...

El médico les propuso la solución que ambos buscaban sin lograr encontrarla:

-Una ambulancia, entonces. Que la lleve una ambulancia.

Dar el nombre de la calle y el número y delegar en el chófer la responsabilidad de encontrar la dirección que se le dio, sí, eso era paz, y además protestar si tardaba mucho en encontrarla en ese sector de calles cortas y nuevas. Roberto subió con Marta a la ambulancia. Le tomó la mano. La ambulancia se puso en movimiento, la sirena comenzó a aullar, violenta, agresiva, insistente, dejando atrás alguna luz roja, rostros de conmiseración en los transeúntes, policías engañados por la falsa emergencia, pero llevando a Marta y a Roberto refugiados dentro, protegidos, y como parte principal de esa protección el deber perentorio del chófer de encontrar la dirección que se le había dado.

La ambulancia por fin se detuvo. El enfermero cubrió el rostro de Marta con la sábana y entre él y el camillero la bajaron. Detrás de ellos, desde la ventanilla de la ambulancia, Roberto vio al portero que salía solícito del edificio. El y su mujer hicieron gran alharaca alrededor de la enferma, encendiendo luces inútiles, ayudando, participando, guiando a los camilleros que subían por la escalera hasta el tercer piso. El portero le dijo a Roberto:

-Usted suba en ascensor, don Roberto.

Roberto dijo que prefería subir en pos de ellos hasta el tercer piso, que ellos fueran delante y el portero que guiara. Le entregó la llave para que abriera la puerta de su casa. Abrió y entraron hasta el dormitorio sin destapar el rostro de Marta. En el vestíbulo, Roberto deseó violentamente estar con el rostro tapado en el lugar de Marta porque así no hubiera tenido que ver lo que ahora veía... o no veía: sí, se habían llevado el mueble de laca japonesa.

Los extraños salieron, cerraron la puerta y los dejaron a los dos solos en el piso nuevo. Sí, nuevo, pero sin el candelabro y sin el mueble de laca y sin los pisapapeles y sin la última falange del dedo meñique de Marta... sin tantas cosas. Marta permaneció en la cama con los ojos cerrados. A pesar de saber que no dormía, Roberto se acercó en puntillas al escritorio abriendo el cajón de arriba, el de la izquierda, buscó la linterna para ir a la habitación vacía y comprobar si en realidad continuaba vacía. La linterna no estaba. Marta la había escondido. O extraviado, era tan descuidada Marta, y como en una avalancha de rencor se descargaron sobre su mente los escombros de las infinitas veces en que las cosas se estropeaban debido al descuido de Marta, a su atolondramiento, ya que nunca pensaba más que en ella misma a pesar de las muestras exteriores de que él lo era todo para ella, odiosa, odiosa y cobarde, haciéndose la dormida en la cama para no tener que afrontar la responsabilidad, por cierto desagradable, de comprobar por sí misma que sí, que era verdad que durante su ausencia algunas cosas, o quizá muchas, habían desaparecido. Iba a gritárselo a Marta. Pero, ¿qué importaba Marta? Calló. ¿Para qué hablar? Aceptar. No mencionar más el asunto. Vivir como si todo esto no sucediera y sólo fuera parte del curso natural de las cosas y no valiera la pena alterarse: aunque, eso sí que debía reconocerlo, si de alguien era la culpa de que todo esto estuviera sucediendo, era de Marta, no suya. Sí, ahora por ejemplo: Marta podía perfectamente levantarse y no dejarlo solo; lo que debía -ya que no había podido darle hijos- era, justamente, no dejarlo solo.

Pero ella era, sobre todo, «niña» y permanecía en la cama con los ojos cerrados, haciéndose la enferma cuando no estaba enferma porque sabía que él velaba. No hablar, no elucubrar. Aceptar, nada más. Darles la espalda

a los acontecimientos y quizás así, ignorándolos, lograr conjurarlos.

Roberto dijo suavemente:

-Marta.

-Mmmmmmm...

-¿Cómo te sientes?

-Bien, parece...

-¿Vas a pasar el día en cama?

-No sé...

Pero, ¿cómo pasar todo el día -toda la vida- sin saber, sin tocarse ni tocar nada, sin ver, solos los dos en este piso abierto a gente que entraba y se llevaba cosas?

-¿Y la linterna, Marta?

-Donde siempre.

No estaba. Ella quería impedirle que fuera al cuarto vacío ahora que necesitaba encerrarse allí para siempre. Marta la había sacado para escondérsela. Cuando se lo echó en cara ella abrió sus ojos enormes, hundidos en su rostro estragado, y se incorporó en la cama:

-No. Yo no la saqué. No me eches la culpa de todo a mí. Tú no eres perfecto, Roberto. Las cosas que están sucediendo no son culpa mía. Son culpa tuya porque eres un egoísta como todos los hombres, claro, un egoísta, como con lo del mueble de laca: era de mi madre, y por eso, cuando viste a los dos hombres que lo iban subiendo al camión no te inmutaste y me dejaste que corriera yo... y me atrepellaron... y la última falange... tú me la sacaste, sí, es culpa tuya, de tu egoísmo. Si el mueble de laca hubiera sido de la casa de tus padres, a ver cómo hubieras corrido y chillado, a ver...

-Cálmate.

-No tengo ganas de calmarme.

Sonó el teléfono y Marta se dejó caer sobre los almohadones sollozando. Era Anselmo. Estaba un poco inquieto. Habían desaparecido durante tantos días sin decir nada y el sábado los dejaron con las entradas para BORIS. Pero en realidad no se habían perdido nada, un BORIS como todos los BORIS, nada memorable. Marta volvió a incorporarse entre sus almohadones. Susurró:

-Dile a Anselmo que venga con Magdalena esta tarde a tomar una copa.

Roberto transmitió el mensaje. Y cuando colgó diciendo que aceptaban la invitación, Marta le pidió que llamara a la señora Presen para que acudiera a hacerse cargo.

La señora Presen, al olor de tragedia, dejó todos sus quehaceres y acudió llorosa y abnegada a despachar las pocas faenas caseras. Preparó un almuerzo liviano, lo sirvió, y dejó un guiso listo para la cena, y un poco de queso cortado en cubos, y patatas fritas, y aceitunas en escudillas para que la señorita no tuviera trabajo cuando sus invitados vinieran en la tarde. Al despedirse de Marta, que se había puesto un *deshabillé* cómodo para circular por la casa, llevaba un paquete hecho con papel de periódico debajo del brazo. La señora Presen vio que Marta miraba el paquete, no muy pequeño, y como en respuesta a la pregunta que Marta no se hubiera atrevido a formular explicó:

-Me llevo la turmix, señorita. ¡Viera que me hace falta! Dicen que se hace

mayonesa con un huevo, con un poco de aceite y sal, y que sale mucho mejor que la que venden, y no hay que estar batiéndola con un tenedor hasta que una se cansa... una ya no tiene edad. Bueno, señorita, me alegro de que no sea nada y de verla tan bien y tan animada. Mañana es domingo así es que no me toca venir... Adiós, entonces...

Marta sintió que la despedida de la señora Presen tuvo algo de definitivo. Incluso algo de desprecio que jamás fue aparente en ella hasta ahora. ¿Sería acaso porque la dejó llevarse la turmix sin protestar, ni levantar la voz, ni rebelarse? ¿La despreciaba tanto que prefería no volver a trabajar para ella?

Roberto acudió al vestíbulo cuando sintió cerrarse la puerta detrás de la señora Presen.

-¿Qué se llevó?

-La turmix.

-¿La nueva?

-Supongo. No la vi. Pero no veo para qué se iba a llevar la vieja estando la nueva tan al alcance de la mano.

-Claro.

Roberto encendió un cigarrillo. Mientras lo hacía Marta leyó todas las suposiciones que pasaron por los ojos turbios de su marido: se había robado el candelabro de plata; ella y su familia miserable eran los que venían a llevarse una cosa tras otra... por ejemplo, la Adventista del Séptimo Día que era igual a Ana Pauker se parecía, ahora que lo pensaba, extraordinariamente a la señora Presen y podía ser su hija o la sobrina que trabajaba en la Costa Brava y estaba aprendiendo francés, y los otros Adventistas, maridos, sobrinos, tíos; y el de la empresa de TRANSPORTES LA GOLONDRINA algún pariente, y el que le pisó la falange a ella el novio de la sobrina, el del seiscientos, todos emparentados con la familia del portero que, si uno hacía las averiguaciones del caso, seguramente resultaba teniendo no un hermano sino media docena de hermanos con sus correspondientes hijos, yernos, nueras, todos miserables, todos emparentados con la familia también miserable de la señora Presen, sí, sí, por eso el portero callaba las entradas y salidas de los malhechores, la gente pobre tiene mucho espíritu de familia, eso es cosa sabida, y los domingos comen todos juntos en mesas manchadas con aceite y con cosas fritas y mucho ajo y cebolla y muchos niños mocosos gritando, y hacen paseos a merenderos en seiscientos atestados... sí, sí... era, entonces, durante esos terribles domingos familiares y bulliciosos, en esos almuerzos con carne asada chorreando grasa, que se ponían de acuerdo y fraguaban las confabulaciones para hacer desaparecer las cosas... no, no eran robos. Y no eran ellos: porque esa noche, cuando vinieron Marta y Anselmo, que no eran parientes ni del portero ni de la señora Presen, también se llevaron algo: Anselmo, una litografía de Saura. Magdalena, una crema contra las pecas que salen en las manos. Anselmo dijo simplemente: «Me gusta mucho este Saura», y lo descolgó. Magdalena dijo simplemente: «Necesito una crema como ésta y es imposible conseguirla más que en Andorra, así es que me la llevo».

Marta y Roberto no dijeron nada. Y al día siguiente no salieron -era domingo-, y el lunes Roberto llamó a su secretaria para que anulara compromisos de toda clase, indefinidamente. La señora Presen, como estaba previsto, no apareció. Y si hubiera aparecido no la hubieran dejado entrar,

como no iban a dejar entrar a nadie: Paolo anunció por teléfono visita para el domingo, diciendo que quería comprobar si el ídolo africano era tan bueno como pensaban o mejor: probablemente mejor... acababa de llegar un íntimo amigo suyo de Bruselas, *mar-chana* muy conocido en esta clase de objetos -que vieran sus anuncios en *L'Oeil*-, y si le permitían pasar a darle un besito a la pobre Marta y de paso llevarse el ídolo para que amigo lo expertizara... No. No se sentían bien. Nada, no tenían nada, que no se alarmara, un poco chafados, nada más, ya lo llamarían por teléfono en la semana para cenar juntos y charlar largo. Pero durante la semana se estropeó el gas y no llamaron a nadie para que lo arreglara, ni siquiera al portero que tenía tan buena voluntad para hacer trabajitos así y entendía de todas esas cosas. Si subía el portero era para pasarles, por el intersticio que entreabrían en la puerta, pan, carne, vino, fruta, queso, cosas de comer. La basura se estaba pudriendo. Se apilaban los platos sin lavar en el fregadero atosigado, y un olor a vajilla sucia comenzó a invadir el piso nuevo, ahora desordenado y no tan nuevo; las revistas abiertas tiradas encima de los sillones, las lentejuelas verdes molidas que se pegaban a la suela de las pantuflas, crujientes y ásperas, y que se metían en todas partes; la cama sin hacer, la ropa en el suelo. Pero no llamaron a nadie para hacer el trabajo. Ni abrieron la puerta del piso porque podía ser peligroso.

¡Pensar que el piso nuevo nunca llegó a estar verdadaderamente completo! Siempre faltó colgar el ÁTOMO VERDE NÚMERO CINCO... pero sí: estuvo colgado un rato esa primera mañana antes de la primera vez que se llevaron algo... justamente el cuadro. Pero fue tan poco rato que no compartió esas horas con Marta, y se había desvanecido en su memoria su sabor como si no hubieran existido: la clave del arco no estuvo colocada suficiente tiempo como para impedir que se derrumbara todo. Sólo el cuarto vacío quedó intacto, más sólido que todo lo demás. Y mientras Marta se atareaba en el piso con las menudas tareas femeninas que ya ni siquiera intentaban simular un orden, Roberto se encerraba en el cuarto vacío, en ese espacio perfecto, aprendiéndoselo de memoria como si temiera que también se fueran a llevar su proporción y su pureza, tratando de interiorizarlo, dejando vacía su mente para que las aristas y la ventana cerrada y el parquet brillante y el portalámparas en medio del techo se adueñaran de todo su ser y le pertenecieran... día tras día sentado en el suelo, día tras día vigilando. Claro que después de quince años de matrimonio ya no tenían cosas que realmente le pertenecieran a él como diferentes a las que le pertenecían a Marta. Ése era el problema: que en sus largos años de convivencia se habían confundido sus fronteras a costa de tanta consideración y de tan abundantes sentimientos positivos, y ya ninguno de los dos tenía nada. Mientras fumaba junto a la chimenea que no lograba encender del todo, y sin vaciar los ceniceros ni vestirse, Marta recordaba las mil formas en que Roberto la había anulado, sin dejarla tener nada propio. Hasta el ÁTOMO VERDE NÚMERO CINCO: estaba segura de que se trataba de una confabulación de su marido con Anselmo para deshacerse de su «obra maestra», que en el fondo lo avergonzaba. Por eso ella no había querido la esmeralda de Roca: era algo tan caro, tan magnífico que nunca sería verdaderamente suya aunque la llevara en el anular, sino

que formaría parte del patrimonio. Comprarla no era más que otra manera de guardar unos cuantos miles de pesetas en el banco y no sería realmente suya, como nada era suyo, ya que hasta su relacioncita con Paolo se veía cortada por el eterno ironizar de Roberto, sin permitirle gozar siquiera de ese *Ersatz.* Y con una audacia de la que no lo hubiera creído capaz, se las había arreglado para despojarla también de la última falange del dedo meñique.

Le quedó, para decir la verdad, un muñoncito bastante feo, era como si, bajo la presión de Roberto, ya hubiera comenzado a desaparecer definitivamente. Roberto, encerrado en su cuarto vacío, no sabía a qué se dedicaba su mujer en el resto del piso y no le importaba; lo único importante es que no lo invadiera a él, dejando su espacio sin transgredir como había transgredido todo lo suyo. A veces la oía recorrer la casa en la noche con la linterna en la mano: era como si Marta despertara en la noche y rondara por la casa, quizá con el fin de comprobar si otras cosas habían desaparecido sin que ella se diera cuenta... o devanándose los sesos para descubrir algo que fuera realmente de Roberto y en lo que ella no participara, y así robárselo y destruirlo y lograr por ese medio fijar una línea que la separara de él, y a él, que lo necesitaba tanto, de ella. Casi no hablaban. ¿Cómo intercambiar nada si sólo podían intercambiar lo mismo? Pero se rondaban uno al otro, vigilándose con el corazón seco y frío, y ya no querían ni necesitaban ni recordaban a nadie fuera de ellos mismos -dijeron que partían en un crucero por miedo a lo más crudo del invierno-, obsesivamente empeñados en buscar algo, otra falange del dedo meñique de que apoderarse en el otro, pero que fuera definitivamente del otro.

Una tarde, sin embargo, cuando Roberto, solo y helado, se hallaba revisando su escritorio, encontró un curioso papelito amarillento, con los bordes muy doblados y un poco peludos: decía ÁTOMO VERDE NÚMERO CINCO y en seguida una dirección, PESO -la calle-, 108. Llamó a gritos a Marta. Examinaron juntos el papelito. No reconocieron la letra, aunque se parecía un poco a la de Roberto, y ninguno de los dos pudo recordar por qué estaba ese papelito ahí ni qué era. Roberto tenía los puños apretados. Después de muchos días sin hablarle, porque al fin sintió que tenía el hilo de la madeja en la mano para resolverlo todo, le dijo a Marta:

-Sería conveniente ir a ver.

La miró fijo para ver si reaccionaba, y ella entendió y reaccionó inmediatamente: se le puso clara la mirada y fija la intención cuando él insistió:

-El cuadro es tuyo.

-Sí. Mi cuadro.

Con la perspectiva de recobrar algo -una esperanza de reconstruir todo el edificio de civilización y forma que habían perdido-, inmediatamente se restableció una complicidad entre los dos, un estamento de tantos en su relación, que faltaba desde hacía mucho tiempo. Los dos entraron al mismo tiempo al cuarto de aseo, se peinaron, se vistieron, y como hacía un poco de frío, cada uno tomó un impermeable abrigador. En el vestíbulo soñaron, un instante, en cómo sería el vestíbulo a su regreso, cuando hubieran recobrado todo lo perdido, y era como soñar con la paz y el descanso que proporciona el lenguaje de los objetos queridos que sirven como puentes para comunicarse, o como máscaras que los protegieran de la desnudez hostil que

habían estado viviendo desde hacía tantos días. Pero al entreabrir la puerta para salir, Roberto la mantuvo así unos instantes, y por el resquicio, el aire del palier que subía por el hueco de la escalera lo hizo titubear. Mirando a Marta, que lo tomó del brazo como rogándole que no saliera, vio que ella por fin estaba comenzando a reconocer la existencia del miedo más allá de policías, periódicos y hombrecitos de los electrodomésticos. Esto irritó a Roberto, que liberando su brazo bruscamente le dijo:

-No seas tonta.

¿Lo estaba sintiendo ella también, entonces, ahora? ¿Era capaz de temer que un buen día como hoy y como una pareja de edad madura que sale a dar un corto paseo, a su regreso podían no encontrar su casa... que podía haber desaparecido? ¿No eran los temores de Marta más inmediatos, turmix, pisapapeles, candelabro? No, este temor que sentía él, de que de pronto podían despojarlo de... de norte, sur, este y oeste, no podía sentirlo ella. Y bajando resueltamente en el ascensor -ahora no importaba bajar; sabía que si salían lo arriesgaban todo- se aseguró un poco temblorosamente de que era absurdo su temor de no encontrar su casa al regreso, ya que si la había encontrado con tanta facilidad la ambulancia podría encontrarla con igual facilidad el taxi en que volverían cargados de cuadros, pisapapeles, candelabros, turmix, bombilla, risueños y con todos los problemas resueltos porque todo no había pasado de ser una especie de cómica serie de equivocaciones muy Labiche. Este papelito con la dirección era el paso que alguien había dado en falso. Quizás algún subalterno no muy inteligente lo había olvidado en el escritorio por equivocación, y sí, sí, todo iba a poder reconstruirse *da capo* a partir de ese papelito amarillento que llevaba empuñado dentro de su bolsillo, donde estaba escrito con letra imprecisa un número y el nombre de una calle tan miserable que ni él, que se preciaba de su buen conocimiento de la ciudad, había oído nombrar jamás.

Pero deteniéndose en la esquina sin permitir que su mujer llamara un taxi porque aún no podía resolverse a nada -espera, dijo, espera-, se planteó otra hipótesis. ¿Y si la banda de malhechores, en vez de acechar en espera de oportunidades para entrar al piso y apoderarse de las pocas cosas bellas y no estropeadas que les iban quedando, hubiera decidido, en cambio, instarlos a *abandonar* el piso para que se perdieran definitivamente en la ciudad, sin ninguna posibilidad de encontrar su casa otra vez? Entonces, no desvalijarla sino al contrario, instalarse *ellos* en el piso en medio de todas sus bellas cosas que a pesar de todo eran todavía bellas, y además repletar el piso con sus chales sucios, sus aparadores de «estilo» y de brillantes superficies de fórmica imitando madera, con sus maletas de cartón desintegrándose, sus cuadros religiosos de colores estridentes, sus adornos de yeso pintarrajeado, sus niños, sus juguetes de plástico roto, sus parientes, sus almuerzos dominicales interminables, sus televisores, sus transistores, sus bocadillos descomunales... era horrible. Pero probable.

Ya era demasiado tarde para volver atrás. Sin embargo, Roberto no se resolvía a parar a ninguno de los taxis que pasaban en la corriente de tráfico lanzado vertiginosamente a las calles a la hora de la salida del trabajo. Y no podían volver atrás porque ya seguramente no encontrarían su casa. Roberto pensaba con nostalgia en la paz con que volvía esa gente a casas que sabían

exactamente dónde encontrar y que allí los esperarían siempre sus hijos, maridos, padres, mujeres cotidianamente sin sorpresas... sí, volviendo quizás a pisos no tan perfectos como casi, casi logró ser el de Roberto Ferrer y Marta Mora, pero colmados de certeza. Y ahora ellos tenían que llegar a la calle PESO, número 108. ¿De qué servía pensar más? Roberto levantó una mano para detener un taxi. Marta dijo:

-No... ése no...

-Pero, ¿por qué?

-Déjalo.

-A esta hora es difícil encontrar taxi.

-Ya vendrá otro.

No eran las *cosas* de su piso las que le dolía que le quitaran. Era el cuarto *vacío,* el espacio que nadie jamás había decorado, ni encontrado hermoso, ni entendía. Y en la esquina, esperando otro taxi, sintió que no importaba cuál fuera el taxi que tomaran porque todos lo llevarían al exilio.

Roberto se dio cuenta de que Marta temió ese primer taxi porque le parecía haberlo divisado esperando -no, acechando, como todas las cosas, que ahora no parecían simplemente existir, sino siempre acechar- en el chaflán, y al ver que ellos levantaban la mano pidiendo taxi, sin duda siguiendo la consigna de la banda se había lanzado hacia ellos para recogerlos y llevárselos. No habían visto ni la cara del taxista ni el número del vehículo, de modo que nada sería más fácil para el chófer que dar la vuelta a la cuadra y volver a buscarlos como si fuera otro taxi distinto: todo era inútil. En fin. Ya estaban en lo que estaban y además era imposible regresar. Roberto alzó la mano. Un taxi costeó por la vereda y se detuvo ante ellos. Abrieron la puerta y entraron. El taxi se puso en movimiento.

-Ustedes dirán, señores.

-¿Te acuerdas tú de la dirección, Roberto?

-No, espera, la tengo anotada en este papelito aquí en mi bolsillo. Pero no alcanzo a leer lo que dice. ¿Tú tampoco, Marta? Tome, tenga... lea usted...

Le pasó el papelito al chófer, que encendió la luz y leyó:

-Peso, 108.

-Sí, Peso, 108.

-¿Por dónde cae, señor?

-No tengo la menor idea.

El taxista estacionó en un chaflán, volvió a encender la luz y comenzó a hojear su librito, diciendo:

-Me parece que queda por Pedralbes. Peso... Peso...

Siguió hojeando.

-¡Qué nombre más raro!

Hasta que encontró la calle en el mapa, y dijo:

-Aquí está. Queda en el Clot.

Giró el taxi hacia el otro lado, siguiendo la corriente de chatarra que se dirigía a Francia y que poco a poco fue raleando hasta que él mismo se desprendió, entrando por una red de callejuelas casi todas de altos muros ciegos y sordos y sin ventanas. Letreros indicaban que eran almacenes y bodegas: casas con gente y vida familiar casi no existían en este sector, sólo amplios muros de ladrillo envejecidos, iluminados de vez en cuando por una mancha de luz que se extendía como una mancha de grasa. Los obreros partían antes de la oscuridad, dejando las calles desiertas, sucias, la acera a

veces ocupada por un montón de viruta de embalar o por una caja de madera o de cartón rota esperando la limpieza municipal de la mañana siguiente, pero en ninguna parte el basurero colmado con la podredumbre nutritiva y rica de los restos de la vida cotidiana. Después de girar bruscamente por una calle hacia la izquierda, el chófer dijo:

-Lo siento, señor, pero como por aquí las calles son tan estrechas y además de dirección única, para llegar a Peso, que es un callejón de una cuadra, vamos a tener que echar marcha atrás, volver y dar un rodeo de seis o siete cuadras...

Amable, se dio vuelta hacia ellos para pedirles excusas con una sonrisa además de con sus palabras. Roberto y Marta balbucearon:

-Está bien.

Pero en cuanto el chófer volvió a concentrarse en la maniobra del coche, Roberto miró a Marta. Sí, ambos le habían visto la cara: las facciones grises, surcadas, desinfladas del hermano del portero que se había llevado ÁTOMO VERDE NÚMERO CINCO. Estaban en su poder y podía hacer lo que quisiera con ellos. La calle Peso quizá no quedara en el Clot. Pero los había traído a este sitio porque los demás aguardaban aquí donde en la noche, entre el sinfín de bodegas y almacenes clausurados, no duerme nadie y no hay nadie que escuche los gritos del que pide auxilio... Sí, la densidad de población que humaniza el centro se hace aprensivamente rala aquí de noche, y sólo quedan estos espacios descomunales atestados de innumerables objetos sin vida. En las callejuelas, durante el día, cargan y descargan los camiones, pero al atardecer todo queda desierto, paredones, portones definiendo almacenes ocupados por cientos, por miles de objetos todos iguales y perfectamente ordenados y clasificados antes de salir a la vida. ¿Y si hubiera -pensó en un momento Roberto- entre todas estas bodegas una, perfectamente nueva, un espacio enorme y perfectamente vacío? No. Todos estaban llenos de zapatos y de libros y de rollos de fieltro y de tela metálica y de papel, cobijados en esos espacios construidos sólo con el propósito de ser espacio que cobija. Marta estaba preguntándole al chófer:

-Perdón, pero... ¿no es usted hermano del portero de...?

-¿Hermano? No tengo hermanos, los dos murieron en el Ebro. Sólo tengo una hermana casada con un manchego. Mala gente, los manchegos. Borrachos.

Roberto y Marta, para darse fuerza, se agarraban de la mano sobre el asiento de atrás.

-Me parece reconocerlo... ¿No lo mandaron a usted una vez a recoger un cuadro...?

-¿Qué representaba el cuadro?

Marta y Roberto se miraron, confirmadas sus sospechas: si pregunta qué representaba el cuadro, quería decir que el hermano del portero aceptaba implícitamente haber ido a buscar alguna vez un cuadro, lo que ya era mucho... o quería decir que, al contrario, al acercarse al final del juego comenzaba a descubrirse voluntariamente como el malhechor que era.

-Abstracto.

-¿Qué es un abstracto?

-No abstracto, Roberto, informalista, que es distinto...

-Pero tenía elementos formales. Los átomos verdes eran rombos muy regulares. Podía haberlos pintado Vasarely, digamos...

Mientras el taxista los enredaba más y más en calles, callejuelas, callejones, Marta y Roberto se habían lanzado por la pendiente vertiginosa de la explicación y defensa de la pintura abstracta, explicando al taxista que en el campo internacional, después de Picasso y Miró, sólo los grandes informalistas españoles...

-Aquí es... llegamos.

Su voz les pareció perentoria. Pero aun después de que el coche se detuvo y el chófer bajó, abriéndoles la puerta, continuaron hablando del informalismo español y comparándolo con la escuela de París... no, no se podía comparar, no, no querían bajar del taxi, aplazar un poco, aunque fuera unos segundos... El taxista, con la puerta del coche abierta, se inclinó para preguntarles:

-¿Entonces les robaron ese cuadro tan valioso?

Roberto dijo:

-Sí, muy valioso.

Ella dijo, áspera ante la inminencia del desenlace:

-Sabes perfectamente que ÁTOMO VERDE NÚMERO CINCO tiene un valor más bien sentimental, si se puede llamar así lo que sentimos por esa tela...

Roberto prefirió no oírla y siguió explicando al chófer a medida que se bajaba y ayudaba a su mujer a bajar, explicando no ya para aplazar, sino, ahora, para hacer frente, o para defenderse y hasta atacar:

-Sí, se lo robaron. Una tarde entraron en la casa y se lo robaron. Hay que tener cuidado.

El taxista cerró la puerta del coche. Mudos, con los cuellos de los impermeables subidos, las manos sumidas en los bolsillos, los tres permanecieron parados a la entrada del callejón desolado. Una sola bombilla iluminaba extensas paredes descascaradas. Al fondo vieron una aparatosa verja de hierro colado entreabierta. El taxista -que era un excelente comediante- simuló buscar a ambos lados de la boca del callejón el número indicado sobre los portones traspasados por el olor a disolvente o a cuero: a un lado del callejón el número 106, al otro, el 110. La verja de hierro entreabierta, por lo tanto, la que se divisaba al fondo del callejón tenía que ser el número 108 que constaba en el papelito. El taxista dijo:

-Los voy a acompañar a buscar ese cuadro tan... tan...

Roberto se enfrentó con él para impedirlo que terminara su torpe frase:

-Sí. Acompáñenos para que después nos ayude a salir de este laberinto... el cuadro es grande y mejor que lo lleve usted, y no hemos visto ni un taxi, ni un alma por estas calles, así es que mejor que nos acompañe. Le pagaremos...

-Vale. Gracias.

Llegaron a la verja del fondo del callejón y se asomaron. No había nadie. Ni nada, aunque era evidente que algo guardaban en los sucesivos pabellones desiguales, pero no se sentía ningún olor ni había ninguna ventana, de modo que resultaba imposible adivinar qué cosas llenaban esos almacenes tan celosamente clausurados con cortinas metálicas y candados. ¿Y si hubiera uno vacío? Los prolongados abismos entre las paredes eran sugeridos por alguna débil luz de origen desconocido, por el reflejo de la

claridad de partes distantes de la ciudad en el metal de algún techo o sobre un vidrio en el fondo de las tinieblas.

El hermano del portero los conducía como si fuera dueño de todos estos grandes espacios desordenados... pero que ahora, en la noche, en el miedo, en el aislamiento, en el silencio se ordenaban de alguna manera totalmente extraña para Roberto, donde no pudo dejar de reconocer la belleza... otra belleza, pero belleza. Entonces, a pesar del rencor que lo separaba de su mujer por su malintencionada observación con referencia a su cuadro -sobre todo innecesaria ahí y entonces-, Roberto la tomó del brazo con la excusa de ayudarla a bajar un tramo insinuado, pero no la soltó. Al sentir que el calor del brazo de Marta vencía el frío de la gabardina, traspasándolo hasta llegar a calentar su brazo, sintió también que las cosas quizá no hubieran cambiado tanto y que entrar en este laberinto de bodegas era casi, casi como volver a su piso nuevo.

De vez en cuando una luz atenuada los hacía torcer el rumbo entre los pabellones. Pisaban, sucesivamente, tierra, pavimento, baldosas, rieles, madera, barro. Ahora que sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad no era todo informe: se sugerían masas, formas, matices del negro, grisallas de moles y bóvedas con escaleras y rejas y arcos, de pasadizos inventados por algún desconocido Piranesi doméstico, todo sólido y frío, pero bello, se dijo Roberto, que apartó inmediatamente de su imaginación el recuerdo de Piranesi para que no estropeara la pureza de su sensación nueva de que aquí podía encontrar algo. Subieron una tambaleante escalera de caracol en pos del hermano del portero que a pesar de la oscuridad parecía saber muy bien adonde los conducía, entraron por una puerta y bajaron a otro nivel por una rampa, Marta y Roberto ya demasiado confundidos como para pensar en otra cosa que los obstáculos y complejidades del camino, y cada vez más tensos porque Marta se equivocaba con un «por aquí» o un «cuidado» o porque Roberto titubeaba demasiado ante un «ahora bajemos» del hermano del portero. Lo seguían a trastabillones porque él sabía y cualquier cosa era preferible a quedarse encerrado aquí. El taxista dijo por fin con tono muy decidido:

-Ahora a la derecha...

Roberto se separó de Marta y, enfrentándose con el hombre que los guiaba, le preguntó:

-¿Adónde pretende llevarnos?

Sorprendido, el hermano del portero se detuvo ante la audacia de Roberto. Se encontraban entre dos bodegas largas y bajas de ladrillo avejentado, un corredor interminable ocupado por unas cuantas cajas destripadas, un carro para arrastrar cargas, un montón de ladrillos y allá al fondo, a la luz de una bombilla impávida, el rostro impenetrable de otro edificio alto que determinaba más calles, más bodegas con el vientre repleto, más espacios. El hermano del portero respondió:

-En la verja decía Peso 108.

-¿Y qué busca entonces?

-A alguien...

Ese alguien era peligroso. Había que actuar rápido. Y a través de la pequeña tiniebla que los separaba, Marta dijo:

-No era ésa la dirección que le dimos.

-Ahora que lo dices me parece que no.

-Estoy seguro de que sí, señora. Yo...

Habían ofendido al taxista en su eficiencia profesional. Podía llamar a alguien, ponerse agresivo ahora que estaba en su propio terreno. Roberto lo interrumpió:

-No mientas, era otra.

-Claro, Roberto; además, la letra con que estaba escrita la dirección en el papelito era pésima, apenas se podía leer, así es que es muy posible que...

El taxista era peligroso. Iba a atacar. Si esperaban un minuto más atacaría ahora mismo, después de lo que había comenzado a decir con voz falsamente melancólica y que sería la última frase de su comedia:

-Pero, señora, por Dios. ¿Cómo puede decir eso? ¿Por qué no lo comprueba mirando el papelito?

-Tú lo tienes, Marta.

-No, tú se lo entregaste a este hombre.

-Tú fuiste. Me acuerdo con toda claridad.

Se miraron odiándose, con el deseo de trenzarse en una furiosa discusión matrimonial por nimiedades, de reavivar culpas entregadas y devueltas con rencor, de echar en cara. Pero todavía no llegaba el momento de hacerlo porque era necesario dominar al hermano del portero para que no alcanzara a destruirlos. Roberto le dijo:

-Le entregamos el papelito a usted.

-¿A mí?

-Sí. A usted. No se haga el inocente.

-¿Para qué voy a hacerme el inocente?

-No sé con qué fines nos ha traído aquí al Clot, para perdernos...

-Señor, no...

Marta y Roberto lo rodearon, obligándolo a retroceder hasta el muro de ladrillos:

-La calle Peso queda en Pedralbes, ahora me parece recordar. Sí, esto es un atraco...

-Señor, ustedes...

El hombre estaba a punto de llamar, gritando. Prisa, darse prisa para que no llamara a alguien que estaba escondido en alguna concentración de oscuridad cuya forma no se alcanzaba a discernir ni había tiempo para ello.

-Nos vas a devolver ese papelito.

-Agárralo, Roberto, quiere huir...

Roberto, atracándolo contra el muro, le cortó la huida. Marta lo agarró de un brazo con todas sus fuerzas sin que el hermano del portero intentara huir ni opusiera resistencia.

-¿Dónde tienes el papelito?

El hombre no respondió. Roberto le dio una bofetada en el rostro. Ahora, ahora, atemorizarlo para que él sintiera un terror mayor que el que ellos sentían. El rostro del hombre, con los ojos cerrados, cayó de perfil contra el muro mientras las manos de Roberto y Marta recorrían sus bolsillos, hurgando, violando, rajando, y cuando el hombre intentaba moverse débilmente Roberto o Marta le daban otra bofetada o una palmada en el rostro empapado en lágrimas. Sí, lloraba. Marta y Roberto eran dueños de la situación. El hermano del portero tenía tanto miedo ahora que no podía ni

sacar la voz para llamar a sus cómplices... prisa, prisa, darse prisa porque podían venir... No está. En el bolsillo del pantalón, Marta, ahí tiene que tenerlo.

-Mira.

Roberto le mostró a su mujer lo que parecía un bolígrafo de oro. Igual a uno que le habían robado, ya no se acordaba quién. No, no era *igual al* suyo, era el suyo: el bolígrafo, por fin, les proporcionaba una pista, demostrando en forma definitiva que iban por buen camino para encontrar el resto de sus cosas robadas. Sí. Robadas. ¿Por qué pensar que era otra cosa que una serie de robos? El taxista y los otros los habían despojado a ellos de todo... bueno, entonces ahora les tocaba a ellos despojarlo de cuanto llevaba encima, los dedos crispados de los dos despojándolo de la chaqueta rajada, de la camisa hecha jirones, las garras ensimismadas en la tarea de despojar como si por primera vez cumplieran con su verdadera vocación, los bolsillos vaciados, todo al suelo mientras le gritaban al hermano del portero que les dijera por fin qué quería de ellos, para qué los había traído a este lugar... dejaron caer la cartera repleta al suelo, billetes, fotos, cuentas pagadas y por pagar, pañuelos, un llavero, un paquete de cigarrillos, un encendedor, una canica, todo en un montón al suelo junto a la ropa rajada, examinando todo con más y más concentración a medida que iban descubriendo más y más cosas en la ropa del taxista hasta que se olvidaron de él: dando un alarido emprendió la carrera entre los edificios y desapareció en la oscuridad, sin mirar para atrás.

Roberto y Marta, sentados en un cajón, se repartían las posesiones del hermano del portero, esto para ti, esto para mí, pero era igual que una cosa fuera para uno o para otro, y sin embargo en las tinieblas, y palpando las cosas sobre las que estaban inclinados para saber lo que eran, siguieron repartiendo, escondiendo para que el otro no se diera cuenta de que su pareja se había quedado con algo, con cualquier cosa, hasta que Marta creyó que Roberto había escondido el papelito con la dirección y le gritó:

-¿Y el papelito?

-¿Qué papelito?

-El que decía en qué sitio estamos.

-No creas que no te vi que lo guardaste tú.

-No, tú lo escondiste.

-No, tú.

-¿No me crees?

-No.

-Ni yo a ti...

-Te estás poniendo vieja y mentirosa.

-Tú has sido mentiroso toda la vida.

-Dame el papel...

-Tú te lo metiste en ese bolsillo... te vi...

-No, tú...

Comenzaron a registrarse mutuamente la ropa y los bolsillos, al principio casi amistosamente, luego con avidez y con ímpetu, hasta llegar a la codicia y al odio, arrancándose trozos de vestido, la corbata de Roberto, un bolsillo de Marta, peleándose, gritándose todo lo que no se habían gritado jamás en

la vida porque ahora que habían despojado al taxista de todo tenían que continuar, sabían que sus fuerzas para despojar no se habían atrofiado y querían usarlas para atacar, primero gritándose verdades, groserías, rencores guardados desde siempre porque eran seres civilizados, mula, estéril, impotente, mediocre, fracasado, estúpida, puta, maricón, ya dejaron de ser cosas personales, eran insultos genéricos más precisos por la fuerza emocional que descargaban que por los defectos que señalaban, arañándose hasta hacerse sangrar, arrancándose más cosas, golpeándose con un palo encontrado en el suelo, magullados, en harapos, las manos crispadas sobre jirones, sobre el terror, apretando trozos del otro a quien odiaban con un odio que iba montando hasta anular todo lo demás, mechones de pelo, eso es mío, no, esto es mío, no es tuyo, es mío, entrégamelo, has vivido a costa de mi trabajo toda la vida, engatusaste a mi madre hasta que te dio el mueble de laca... dame eso... y eso... no... mira cómo sangro... sudo y no veo... devuélveme el meñique que perdí por culpa tuya porque tú me lo robaste... dame... me duele... mierda, déjame, puta de mierda, vete, no, vete tú.

Se apagó la luz enclenque al fondo del callejón, escamoteando los detalles del escenario y de la anécdota, y Marta y Roberto, ahora completamente desnudos, quedaron enfrentándose en un espacio enorme, vacío, suelo, aristas descomunales, dimensiones gigantescas donde quizás hubiera una puerta y una ventana y un alambre eléctrico con un portalámparas, lo demás todo espacio y extensiones donde se perdían los pequeñísimos aullidos de la pareja. Todo les dolía, adentro y afuera, las verdades corrosivas que habían dejado huellas que ya no se olvidarían, los cuerpos magullados, heridos, uno frente a otro acechando en la oscuridad, temblando de terror y de frío, mirándose a través de los pelos pegajosos de sangre y sudor, desnudos. La muerte no era terrible, sólo la desnudez que uno veía y odiaba y temía en el otro: la barriga de Roberto obscena sobre sus piernas blanquizcas y un poco flacas; ella igual a él, con los pechos marchitos, la celulitis devorándole las caderas ya un poco caídas.

Al verse desnudos y en la oscuridad detuvieron su lucha para respirar. Retrocedieron lentamente, empavorecidos ante lo que veían, un paso, agazapados, sin memoria, sin pasado, sin futuro, sólo este estrecho presente de violencia en medio del espacio vacío, alejándose lentamente uno del otro, unidos sólo por la mirada de hierro, retrocediendo encogidos y pálidos como dos animales que se separan justo en el momento antes de lanzarse uno encima del otro para destrozarse o poseerse, o antes de dar vuelta las espaldas y huir aullando de terror hasta perderse por el inmenso escenario vacío.